

Carmen Izal Garcés

AQUELLOS AÑOS DE NUESTRA JUVENTUD

GURE GAZTAROKO URTEAK



(Una mirada al mundo desde Villava
en los años 50, 60 y 70 del siglo XX)

(Munduari begirada bat Atarrabiatik, XX.
Mendeko 50, 60 eta 70eko hamarkadetan)



Carmen Izal Garcés

Prólogo a cargo de Pablo Archel Domench

Aquellos años de nuestra juventud

Gure gaztaroko urteak

(Una mirada al mundo desde Villava
en los años 50, 60 y 70 del siglo XX)

(Munduari begirada bat Atarrabiatik, XX.
Mendeko 50, 60 eta 70eko hamarkadetan)



AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIAKO UDALA

SERVICIO DE CULTURA
KULTURA ZERBITZUA

Título	Aquellos años de nuestra juventud <i>Gure gaztaroko urteak</i> (Una mirada al mundo desde Villava en los años 50, 60 y 70 del siglo XX) <i>(Munduari begirada bat Atarrabiatik, XX. Mendeko 50, 60 eta 70eko hamarkadetan)</i>
Autora	Carmen Izal Garcés
Prólogo	Pablo Archel Domench
Óleo de portada	Asunción San Martín
Fotografías	Archivo Municipal
Edición	Ayuntamiento de Villava (Servicio de Cultura)
Coordinador de la Colección	José Vicente Urabayen Azpilikueta
Fotocomposición	Marian Delgado Pérez
Impresión	Idazluma, S.A.

© 2021 Ayuntamiento de Villava

I.S.B.N.: 978-84-09-28034-6

D.L.: NA 323-2021

*A Mary Reyes Izal,
nacida en Villava un 24 de febrero*



Foto blanco/negro: Archivo fotográfico Municipal.

Foto óleo: Antonio Olza

Índice

AURKEZPENA/PRESENTACIÓN	9
PROLOGO	13
INTRODUCCIÓN	15
I. SEMBLANZAS	19
1.1. Una panorámica general	19
1.2. La sexualidad, esa desconocida	23
1.3. Iglesia y religión	29
1.4. Miscelánea	35
1.5. Relación hombre-mujer	39
1.6. Años de necesidad	43
1.7. La educación	45
1.8. Mujer, trabajo, ocio	50
1.9. Reflexión final	53
II. LOS AÑOS 60	55
INTRODUCCIÓN	55
2.1. El contexto exterior	55
2.2. Primeros movimientos sindicales y mayo del 68	59

2.3. Ocio y fiestas patronales.....	63
2.4. El movimiento asociativo femenino.....	67
2.5. Iglesia y mujer. La Acción Católica	71
2.6. Reflexión final	78
III. LOS AÑOS 70	79
INTRODUCCIÓN	79
3.1. Miscelánea	79
3.2. Cambios en el modelo familiar	81
3.3. Concilio Vaticano II	82
3.4. Cambios políticos y sociales	84
3.5. La enseñanza.....	87
3.6. La sexualidad: de lo privado a lo público.....	88
3.7. Reflexión final	91
IV. EL CENTRO DE CULTURA POPULAR Y PROMOCIÓN DE LA MUJER EN VILLAVA	93
4.1. Cronología.....	93
4.2. La ayuda externa domiciliaria	99
4.3. Reflexión final	102
V. TIEMPOS PRESENTES	105

Aurkezpena

TUZIDIZEN historialari greziarrarentzat, pertsonen testigantzak benetako iturri ziren ezagutza historikorako, etorkizuneko belaunaldien ahanzturan erori behar ez zuena.

Carmen Izalek bere gaztaroko urteen testigantza ausart eta zintzoa eskaintzen digu, eta bere bizitzako esperientziaren zati bat erakusten digu, bere memoria bizian oinarrituta. Bere kontakizunak eguneroko giroa, bizimodua eta garaiko balioen eta sinesmenen sistema berreraikitzen ditu.

Joan den mendeko hirurogeiko hamarkadan hainbat mugarri gertatu ziren (Vatikanoko II. Kontzilioa, Garapen Planak, 68ko maiatza), eta aldaketa sakonak eragin zituzten gizartean, baita Atarrabian ere: kontsumo-ondasunen garapena, pentsamoldeen bilakaera, erlijio-bizipenaren krisia, borroka sindikalaren iratzartzea, emakumearen sustapena. Liburu honek, “Los años de nuestra juventud” izenekoak, oso ondo hartzen ditu aldaketa horiek, eta ohore handiz aurkezten ditut.

Ziurrenik, *“Ezin da oraina ezagutu iragana ezagutzen ez bada”*. Carmen Izalek, bere kontakizunarekin, gure gurasoen belaunaldiari diktadura betean zer egokitu zitzaien bizitzen laguntzen digu, eta gure orainaren begiekin ez epaitzen.

Aurkezpen hau amaitzeko, Udalak eskerrak eman dizkie egileari eta gizarte askeago eta bizitza osoago baten aldeko konpromisoa hartu zuten emakume eta gizonen belaunaldiari.

MIKEL OTEIZA IZA
Alkatea

Presentación

PARA el historiador griego Tucídides, los testimonios de las personas constituían una fuente veraz para el conocimiento histórico que no debía caer en el olvido de las generaciones futuras.

Carmen Izal nos ofrece un valiente y honesto testimonio de los años de su juventud y nos muestra parte de su experiencia vital anclada en su memoria viva. Su relato reconstruye el ambiente cotidiano, el estilo de vida y el sistema de valores y creencias de la época.

Durante los años sesenta del pasado siglo acontecen diferentes hitos (el Concilio Vaticano II, los Planes de Desarrollo, el Mayo del 68...) que van promoviendo profundos cambios en la sociedad, también en Villava: el desarrollo de los bienes de consumo, la evolución de las mentalidades, la crisis de la vivencia religiosa, el despertar de la lucha sindical, la promoción de la mujer.... Cambios de los que el presente libro, "Aquellos años de nuestra juventud", dan buena cuenta y tengo por honor presentar.

Probablemente *"no se pueda conocer el presente si se ignora el pasado"*. Carmen Izal con su relato nos ayuda a comprender lo que les tocó vivir a la generación de nuestros progenitores en plena dictadura y a no juzgar con nuestros ojos del presente.

Termino esta presentación con el agradecimiento del Ayuntamiento a la autora y a la generación de mujeres y hombres que se comprometieron en favor de una sociedad más libre y una vida más plena.

MIKEL OTEIZA IZA
Alcalde

Prólogo

SIENTO que soy un privilegiado por haber recibido el encargo de escribir unas líneas que sirvan de presentación a la presente obra. Y lo soy, además, por un doble motivo. Por un lado, porque el trabajo que se presenta se sitúa en Villava-Atarrabia, localidad que me ha visto nacer y crecer y, en segundo lugar, porque la autora es Carmen Izal, con quien me une una sólida amistad, herencia recibida de nuestras respectivas madres y que hemos sabido cultivar y mantener en el tiempo.

La obra que me honro en prologar nos habla del viaje transformador experimentado por Villava-Atarrabia a lo largo de tres décadas, contado desde la mirada humana y personal de la autora, que pone el foco en los cambios que afectaron al panorama social, político, asociativo y costumbrista de nuestro municipio. Y todo ello, nos advierte la autora, desde una mirada femenina o feminista, como se quiera interpretar. Como cualquier persona que se embarca en un viaje de treinta años, el viajero que llega no tiene nada que ver con el que salió tres décadas antes. Lo mismo ocurre con nuestro municipio. De una Villava clasista y gris, anclada en la tradición, donde la religión, más que como expresión de la espiritualidad del ser humano se usaba como herramienta de control social, se ha pasado a una Villava plural, colorida, multicultural, urbana, tolerante y, mayoritariamente, laica.

El libro, pues, nos habla de religión, de ocio y fiestas, de educación, de sexualidad, de lucha sindical, de promoción de la mujer, de cultura y de lucha por la igualdad entre hombre y mujer, entre otros asuntos. En definitiva, de las cosas cotidianas que le pasa a la gente cada día. Y todo ello sin estridencias, usando un lenguaje sencillo y asequible, algo que se agradece. Sirvan estas líneas, también, para reconocer públicamente el destacado papel que jugó Carmen en la creación del Centro de Cultura Popular de

Villava en 1974, cuando nuestro pueblo se caracterizaba por unos usos y costumbres tremendamente tradicionales, y donde escaseaba la formación específica, sobre todo en las mujeres, que se quedaban en la mayoría de los casos con la formación básica recibida en la Escuela.

Y todo esto Carmen nos lo cuenta con el sentimiento y la ternura que le pone a todas las cosas que emprende. En algún sitio le escuché decir que uno de los motivos que se tiene al escribir un libro como este, es que no se pierda todo el acervo cultural acumulado durante toda una existencia; que las generaciones de jóvenes que vienen empujando, tengan un referente donde mirar el pasado y conocer a la generación que les precedió, para conocer mejor a la que les toca vivir. Y a los que pudimos vivir, bien en primera persona, bien como meros espectadores esas transformaciones de un pueblo en marcha, este libro servirá para vernos reflejados en el espejo que nos propone Carmen y sacar nuestras propias conclusiones.

PABLO ARCHEL DOMENCH

Introducción

MI PROPÓSITO al iniciar estas líneas es escribir, exponer, compartir experiencias personales y colectivas vividas en esos años que circulan entre las décadas 50, 60 y 70 del siglo pasado. Escribo en primera persona porque quiero dar al relato un tinte autobiográfico a pesar de que me gustaría huir en lo posible de cierto narcisismo o autocomplacencia tanto para recordar, disfrutando de los años transcurridos, como para destacar las privaciones y prohibiciones a las que fuimos sometidos unos jóvenes que poblamos Villava en ese tiempo de luces y sombras.

No quiero privarme de dotar a lo que escribo de un tinte femenino o feminista, como se quieran interpretar mis palabras. Ser mujer, haber nacido mujer en unos tiempos oscuros en que la supeditación de la mujer al hombre constituía un uso común en casi todos los lugares de la geografía del país. Serlo en nuestro reducto común, ese trozo de territorio donde respirábamos, suspirábamos, alimentábamos sueños juveniles, esperanzas, ansias, promesas de una vida plena en la que los deseos se fueran cumpliendo, no fue fácil. Sin embargo, tejimos historia a base de intrahistorias similares y superamos barreras que obstaculizaban nuestro desarrollo personal. Recordar cómo nos fuimos haciendo personas diferenciadas y a pesar de ello, similares en aspiraciones, esfuerzos y conquistas, ha sido uno de los placeres con los que he ido desenredando palabras que esconden hechos, vidas de mujeres y de hombres que fueron nuestros compañeros, convecinos.

A veces el recuerdo de la crudeza de una educación en la austeridad, con unos principios rígidos, orlados de ausencia de libertades, me ha conducido a cierta benevolencia con quienes nos precedieron y carecieron, como nosotros, sus hijos, de bienes materiales y espirituales necesarios para afrontar la dureza de la crianza de prole numerosa. En otros momentos, los mismos recuerdos, me han llevado por territorios de rechazo rotundo a una educación que nunca jamás quisiera volviera a repetirse. Las letras que siguen dan testimonio de los usos y costumbres de un momento social que salía de una cruenta y feroz guerra, con una dictadura recién estrenada, aislamiento internacional, muchas esperanzas frustradas y una falsa alegría por victorias ajenas que algunos intentaban hacerlas propias desde la pobreza económica y cultural.

He procurado evitar nombrar personas a las que recuerdo especialmente por la vinculación social que tuve con ellas; sobre todo, me lo exige la prudencia necesaria para que todas ellas, sin nombrarlas, sepan que están presentes en mis recuerdos y que, a ellas, sobre todo a ellas, pero también a ellos, les dedico estas páginas con todo el cariño que soy capaz de acumular.

Estoy convencida de que omito muchos hechos, situaciones, etc. que los lectores, sin embargo, recordarán. Cuando alguien escribe es inevitable que deje muchas anécdotas fuera del tintero. Pido disculpas porque la memoria, frágil por naturaleza, no me haya dado toda la luz necesaria.

En este tiempo en que escribo, me atrevo a nombrar lo que en su momento no hubiera osado hacerlo. Haber vivido, experimentado con los años transformaciones en el pensamiento y en las obras, ha facilitado que me dé permiso para expresar por escrito lo que la memoria guarda, los sentimientos que en mis años juveniles no supe o no pude contar.

Dentro de estas páginas, desgrano en alternancia, las vivencias personales y los hechos que acontecían en el mundo de los que la mayoría de la población, sobre todo en el medio rural, éramos ignorantes.

He procurado dotar al texto de los epígrafes que considero suficientes para localizar datos de interés particular de los lectores, a sabiendas de que carecen de exhaustividad. Sin embargo, estas limitaciones, pudieran constituir por sí mismas, un incentivo para seguir investigando en estas o similares cuestiones.

I SEMBLANZAS

EN ESTE país, las personas de mi generación estamos unidas por una historia común, la de una época en la que desconocíamos el sentido de la palabra “libertad”. La idiosincrasia de poblaciones cercanas a la capital, como era el caso de Villava, no difería esencialmente de otras zonas rurales circundantes. Sin embargo, las señas de identidad estaban bien marcadas y nos sentíamos pertenecientes a un núcleo poblacional que nos identificaba y, en nuestro imaginario, diferenciaba de los pueblos vecinos.

1.1. Una panorámica general

Nuestro pueblo, tenía una población que rondaba los 2.500 habitantes en los años cincuenta del siglo pasado. La calle Mayor por la que circulaban los escasos vehículos procedentes de Pamplona en



dirección a Francia y algunas adyacentes, las que miraban al monte y las que se asomaban al río, articulaban la vida social presidida por la Iglesia Parroquial situada hacia la mitad de calle Mayor; entonces vieja y antigua presidida por el Párroco D. Víctor Biurrun, más tarde demolida y sustituida por la actual, severa, desprovista de atractivo, salvo el uti-

litario que se le quiso dar, al frente de la cual estuvo D. Julio Díaz de Cerio, como Párroco. Próximo a ella, el edificio del Ayuntamiento con su oficina destinada a la administración municipal y, sobre este edificio, las dos Escuelas: de chicos y de chicas. El conjunto estaba y está junto a la plaza, el ágora por excelencia donde coincidíamos chicos y grandes, rematada por el edificio del frontón, cubierto y exterior, el matadero y la huerta del colegio de las Dominicas, que tenía su entrada por la calle Mayor. Enfrente de este conjunto urbano, dos sociedades: El Círculo Carlista y el Centro Católico, entonces, acogían el ocio; además del frontón con los partidos de pelota y el bar. Más adelante, en dirección a Francia, el Centro Parroquial, con su salón de actos donde se proyectaban las películas de la época, carentes de interés a criterio posterior. A lo largo de la calle principal, pequeñas tiendas de ultramarinos, pescadería, carnicería, alpargatería, droguería. Servicios de barbería, peluquería, zapatería y modistas.

Para amenizar la vida cultural: personas participantes del Coro Parroquial, debidamente ensayadas por el director

del mismo, entonces D. Jesús Zubiri, o de otra persona capaz de dar vida a textos y partituras, representaban en el espacio escénico del Centro Parroquial obras de teatro y, sobre todo, zarzuelas. De niña, admiraba a los actores y actrices que se subían al escenario, me imaginaba la dicha de formar parte del elenco y los ecos de las canciones reverberaban durante horas en mi cabeza soñadora. De adulta, tuve la oportunidad de hacer realidad ese sueño.

La ciudadanía se dividía en dos clases sociales: los de corbata y los de buzo. Los primeros eran los que trabajaban en las oficinas de las industrias de la villa: papeleras, sobre todo, licorera, de madera, harinera, curtidores de piel, carroceros, fontaneros, fabricantes de hachas, de jabón, serrerías, carpinteros, industrias plásticas, talleres mecánicos, transportistas y pequeños artesanos, entre ellos ebanistas y cantero, pintores de brocha gorda y artistas con el pincel. Viñedos de los escasos vecinos que poseían algunas tierras para su cultivo y vaquerías. El resto, en número significativamente superior, eran los hombres y algunas



mujeres que trabajaban como obreros manuales en las mismas fábricas o en la de embutidos, cercana, aunque en término municipal diferente. Teníamos un Médico, D. Ricardo Bel, con consulta abierta en su propia casa, posteriormente, en esos años, ejerció como Médico de Villava, D. Hilario Eransus. Practicante y Comadrona, en la misma persona, D^a Araceli Izal, acudía a domicilio o recibía en su propia casa. Contábamos con farmacia en un extremo de la calle Mayor y cuartel de la Guardia Civil en el opuesto. Para no dejar a nadie fuera de este relato, dos fotógrafos: Zacarías Ecay y posteriormente José Antonio Pérez, inmor-

talizaron la vida y afanes de los vecinos de Villava.

Algo alejado de este centro urbano, siempre en la misma línea horizontal, en la parte que linda con la población cercana, Burlada, una serie de chalets ocupados por familias que apenas tenían relación con el vecindario villavés. Entre ellos, conventos de los Dominicos y de las Reparadoras. Además, la Escuela de Peritos Agrícolas de Navarra, edificio construido por el Arquitecto José Yarnoz, en 1912 por encargo de la Diputación Foral y destinado, en principio, al Congreso Nacional de Viticultura,



comenzó a impartir enseñanza en el año 1914.

En una de las calles que mira al monte: la Casa de Ejercicios y enfrente, el Colegio del Amor de Dios.

Por encima de todos, tengo en mis recuerdos que presidía la vida cotidiana, la Parroquia, a la que se unía el alcalde, designado por el Gobierno Civil y las fuerzas del orden, ya mencionadas. Ejercían el control de la comunidad vecinal otras fuerzas vivas, más bien convecinos que se investían a sí mismos de autoridad para decidir lo correcto o lo contrario, señalar a los insumisos y mantener “el orden decidido por la superioridad”, que no era otra que la gubernamental, de partido único e indiscutible. *“Por orden del señor alcalde, se hace saber...”* Así comenzaba el “bando municipal”. El empleado que hacía las veces de sereno, enterrador y encargado de la recogida de basuras, con una cornetilla anunciaba lo que la municipalidad considerara que era lo importante para darlo a conocer a los vecinos.

Nos conocíamos todos. En la calle, nos nombraban no por nuestros nombres de pila, sino por el apellido familiar, naturalmente el del padre. Así decían: tú eres de... a lo que contestábamos: sí señora, o sí señor. O lo contrario, si quien preguntaba estaba despistado. En ocasiones, visito el cementerio de Villava y me paseo por las lápidas donde constan los nombres de mis antiguos convecinos, muchos de ellos entrañables. Es el lugar donde, con más precisión, revivo historias compartidas. Al leer sus nombres, me vienen a la memoria anécdotas, hechos, que no quiero olvidar. Formamos, en su momento, un conjunto humano surcado por emociones similares o con un común denominador: los años más o menos difíciles que nos unieron o distanciaron.

Mis abuelos paternos y maternos, nuestros padres junto con todos mis tíos y tías, se asentaron en la villa en los albores del siglo. Vivieron ilusiones y decepciones atribuibles a todos los seres humanos, en un entorno que, para ellos, fue su particular Edén.

A veces, solo algunas veces, desearía retroceder en el tiempo para vivir esa vida que me cuentan algunas mujeres más jóvenes que yo. Mi tiempo, el de mi juventud, estuvo marcado por las restricciones, la autoridad paterna, la eclesial, la de la dictadura que sufrimos en este complicado país. La certeza de que nuestra biografía es irrepetible, no me consuela en esos momentos de nostalgia por lo no vivido. Sin embargo, cierta lucidez que creo conservar facilita el tránsito hacia la realidad para asentarme en ella y, desde ese lugar, contemplar el pasado como una experiencia de luces y sombras y, como en las fotografías, embellecerla.

Los tiempos de obediencia ciega a las autoridades existentes, que eran muchas, no favorecieron el pensamiento crítico, el interés por descubrir la verdad. A falta de otras certezas, hacer y decir lo que otros dictaran, permitía la fantasía de la calma, esa que proviene de la negación de la propia voluntad para entregarla a los seres superiores, los que saben, deciden y actúan por “nuestro bien”. El mandato divino justificaba

la obediencia a sus ministros, los que se encargaban de las normas morales que debían gobernar nuestras vidas.

1.2. Sexualidad, esa desconocida

En esos años oscuros que algunos se empeñan en negar, el descubrimiento de la sexualidad era impensable. Incluso la propia palabra, desconocida. El cuerpo es sabio, sin palabras escuchadas y aprendidas para nombrar las sensaciones, éstas se iban revelando a la conciencia de su existencia, inconfesables, secretas, jamás contadas. No existían, simplemente. Lo que no existe, no tiene trascendencia, ni culpa ni condena. La educación represora se ocupó del resto. Crecimos muchas mujeres de aquel tiempo en el ideal de pureza, castas para el matrimonio en el que íbamos a descubrir que había otro cuerpo provisto de otras características con el que compartiríamos cama y mantel por el resto de nuestras vidas.

El escaso conocimiento que en nuestro ambiente social poseíamos de la anatomía, fisiología, emotividad de los seres

humanos, de las verdades ocultas que encierran muchas mentes, no favoreció el intercambio de pareceres, opiniones sinceras, confidencias esenciales. Cada una de nosotras, ocultando deseos inenombrables para la época, hablábamos de trivialidades sin ser conscientes de la insignificancia de las palabras que íbamos intercambiando.

¿Y ellos? Abrumados por la posibilidad de que se les secase la médula, se rendían a alguna forma de castidad forzada por la culpa y el miedo. Perdimos la oportunidad de intercambiar nuestras emociones porque las chicas teníamos que temerlos. Temer a quien teme, a quien lucha por superar su propia inseguridad ¡qué paradoja! Los mayores, sobre todo nuestras madres, incapaces de hablarnos directamente del qué, sus causas y consecuencias, nos instruían en el autocuidado respecto a la relación con los chicos. Las monjas, los curas, se encargaban de inocularnos el temor al castigo eterno, el que podíamos merecer si atentábamos contra la moral, la castidad, el famoso sexto mandamiento que era el único, el más importante, el

salvoconducto para conseguir la gloria o la perdición eterna. Entre risas y lamentos, recordamos las mujeres que hemos sobrepasado la madurez, los dichos de la época de nuestra juventud *“las mujeres son fuego, los hombres estopa, viene el diablo y sopla”* No estoy segura de quiénes éramos fuego y quiénes estopa, es decir cuál era el papel que nos asignaron a las chicas de la época: ¿el de convencer? ¿el de aprovecharnos de la ignorancia de los chicos en materia de deseo? ¿acaso se les consideraba a ellos incapaces de tomar decisiones? ¿o todo lo contrario? De cualquier manera, el dicho es absolutamente simple y esa simplicidad se correspondía con el mito de la manzana de Eva, esa pobre mujer que se dejó engañar por una serpiente y a su vez engañó a un Adán falto de capacidad de raciocinio. Quien conoce el mito sabe muy bien a qué me refiero. La tentación, el mal, provenía de las mujeres. A imitación de la virgen María, la castidad, la obediencia, la prudencia, el espíritu de sacrificio, debían ser las normas que guiaran nuestra formación como mujeres. Podíamos ser ángeles o demonios,

esa era nuestra elección. Con todos estos absurdos mensajes, cargados de culpabilidad hacia el género femenino como inductor al mal, no sorprende que lo que venía a continuación fuera lo de “cuídate” y “cuida”.

Sin embargo, amábamos, como siempre se ha amado, desde lo profundo de nuestros espacios íntimos, con y sin sobresaltos; éramos felices a nuestra manera, nos buscábamos y nos encontraban en las miradas, corazones palpitantes de ilusión y esperanza. Los ecos de las conversaciones que no tuvimos se han desplazado hasta la edad adulta y, poco a poco, descubrimos que no fuimos tan diferentes, que lo que ocurrió es que nos educaron diferente, nos distanciaron los que no superaron sus propios miedos. A los que fueron mis colegas, aún sin que ellos lo supieran, les guardo un lugar en la memoria.

Dado que la palabra “sexualidad” era desconocida, lógicamente lo fue su contenido. Faltó en todo momento una explicación veraz sobre el proceso de la concepción, la gestación y el parto. Se nos habló de la cigüeña que transpor-

taba niños desde París, ciudad mágica, hasta la cama donde les esperaban sus madres. En una ocasión, una niña vecina llegó a nuestra casa para explicarnos que les había traído la cigüeña un hermanito y que a su mamá le había dado un picotazo en el culo y que por eso estaba en la cama sangrando. Fantasías, contadas por los que tenían que instruirnos sobre la vida y sus misterios.

La regla o menstruación tampoco se nombraba. En el mejor de los casos, cuando se presentaba la menarquia, la madre que estaba al tanto de las molestias de su hija adolescente, le informaba del proceso para que no se alarmara y facilitaba las toallas higiénicas que había que lavar. Cuando a esa breve explicación le seguía una frase del tipo “ya eres una mujer”, a algunas se nos ponía cara de póker, ¿qué me estás contando, mamá? No quiero ser mujer para esto. Quiero jugar, ser chico, no tener esta sangre que no sé para qué sirve. Para mayor perplejidad, a los chicos no había que darles información de nuestros ciclos menstruales; ellos no tenían que saber, ni siquiera sospechar, que teníamos

la regla. Así que todo eran misterios, prohibiciones. Circulaba entre nosotras que algunos chicos, ávidos por conocer cuándo la chica con la que bailaban estaba con “el mes”, les echaban el humo de su cigarrillo a la cara; si le lloraban los ojos, era que sí. Algunas nos lo creímos y en los bailes de las fiestas de nuestro pueblo, como entonces todo el personal masculino fumaba, apartábamos la cara si estábamos con la regla “por si acaso”. ¿Absurdo? ¡Claro! como tantas vivencias de aquéllos increíbles años.

A propósito de los bailes: en Villava y en los pueblos vecinos se bailaba, en la plaza, por las fiestas patronales. Nosotras, las amigas, circulábamos por las de Burlada, Huarte y Arre. Lo pasábamos muy bien en sus plazas bailando al son de la música que, según el presupuesto municipal venía de un grupo de músicos más o menos nutrido. Algunas veces, como un “aguafiestas” nos sermoneaban desde el púlpito para inocularnos el temor al fuego eterno si, por pensamiento, obra u omisión, incurriamos en la comisión de pecado mortal; por supuesto, la culpabilidad grave también se exten-

día al supuesto placer del que disfrutara el compañero de baile. Para entretener la mente y que no pecáramos ambos de pensamiento, porque lo de pecar por obra estaba claramente excluido, hablábamos sin parar. Medida distractora que no sé bien si funcionó, aunque está claro que nos socializó durante el tiempo del bailable.

En nuestro pueblo como en tantos otros, así como en la capital, Pamplona, las reglas de la moral sexual estaban muy claras. Nada de permitir que el chico se acercara al cuerpo, ningún contacto, por lo tanto. Para “cuidarnos” de ellos, colocábamos la mano izquierda en su hombro derecho con tal fuerza que la mayoría entendía que estaba prohibido el paso. Si alguna, por timidez, escasa fuerza en su decisión o un claro deseo de aproximación, no fijaba la mano con suficiente firmeza, la mayoría de ellos entendía que “se dejaba”. Parece, según he sabido con posterioridad, que en sus grupos nos clasificaban en dos categorías: las que había que respetar, con las que ellos podían casarse y las que servían para entretenerse. Machismo en

estado puro que ha devenido en estrategias de conquista basadas en la creencia de la supremacía masculina.

Tener novio era una aspiración general. Cuando una chica jovencita no tenía a un chico que le pretendiera, la sociedad la miraba con una especie de compasión o lástima. Había madres, tías, abuelas, que insistían en la pregunta: ¿no tienes novio? Algunas jóvenes aceptaron a los que les propusieron el noviazgo, o, dicho de otra manera, iban en serio con ellas. Como la decisión de mantenerse solteras no era aplaudida socialmente, ante la amenaza de “quedarse para vestir santos”, algunas no se permitían esperar al hombre que realmente coincidiera con sus intereses personales, aficiones, cultura... y matrimoniaron con los que no se sintieron felices, decepcionadas y, al uso de los tiempos, “para siempre”.

Si alguna joven tenía novio y le dejaba él, se le compadecía; si era ella la que lo dejaba, estaba en el punto de mira del vecindario si lo hacía porque le gustaba otro chico diferente. Eran tildadas de frescas u otras frases peores que no merece la pena reproducir. La sociedad civil

y religiosa estaba llena de jueces de ambos géneros que emitían veredictos no recurribles. Había que ser muy valiente, sobre todo en sociedades como las rurales donde el control externo era muy alto y el juicio implacable. No es de extrañar que hubiera muchos matrimonios desgraciados que no se atrevían, sobre todo ellas, a exponer su “mala suerte” ante el vecindario. ¡Qué falsedad!, hipocresía reinante, exaltación de la apariencias.

Entonces, como todavía en este tiempo, había dos varas de medir que estaban muy determinadas en una especie de consenso social. En aquellos años, los hombres acudían solos al Centro o al Círculo, las mujeres si no era en situaciones determinadas, como las fiestas patronales, no aparecían por esos espacios. Algunas, traicionándose a sí mismas, no reaccionaban ante estas arraigadas costumbres; al contrario, eran muchas veces cómplices de la libertad de sus hombres que hacían la vida por su cuenta. Si alguna se oponía, cuestionaba la diferencia de trato social en los géneros y discutía con su marido sobre la inconveniencia de ese tipo de vida, si

se conocía en el grupo de los hombres, se le acusaba de harpía, mandona o lo que fuera. La “jefa” era el apelativo con el que se nombraba a la propia o a la esposa de otro para definir quién mandaba en casa. “Llevar los pantalones” era otra manera de nombrar lo mismo. El mando, el poder, el permiso... tantas frases destinadas a perpetuar el dominio masculino.

Vuelvo a la sexualidad. En cuanto a la masturbación, sólo oímos hablar ligeramente de la masculina; que, si los chicos “se tocaban”, pecaban mortalmente, en consecuencia, si morían en ese estado, iban al infierno donde ardían por toda la eternidad. Y ese relato, el suyo, no lo escuchamos entonces, ha llegado hasta nuestros oídos gracias a la sinceridad con la que hablamos en tiempo posterior, muy posterior, de la tortura que provocaba en algunos mantenerse fieles a las enseñanzas religiosas y a las demandas de su cuerpo. Dilema difícil de resolver y que convirtió su adolescencia y primera juventud en un drama vital. Las creencias o doctrinas religiosas tan perfectamente inoculadas en sus

mentes por quienes se consideraban los guardianes de la castidad obligada, torcieron momentos dichosos en muchos de ellos.

Del autoerotismo femenino jamás oímos hablar. De alguna manera, sin que se lo propusieran los dictadores de la moral sexual, nos eximieron de la culpabilidad. “Lo que no se nombra, no existe”. Y tan tranquilos todos.

Por lo que se refiere a la homosexualidad, con solo mencionar que la “Ley de vagos y maleantes”, de 1954, incluía en su artículo 2º a homosexuales, rufianes y proxenetas, todo junto, queda clara su clasificación. A los homosexuales, en el artículo 6º, como medida de seguridad, se les debía internar en Instituciones especiales y, en todo caso, con absoluta separación de los demás (sic). En la calle se hablaba de los maricas, mariquitas o maricones con absoluta normalidad, sin que nadie se escandalizase por esos adjetivos. Incluso provocaban el alborozo general del género masculino y, en ocasiones, del femenino presente en la conversación. Estaba bien visto ridiculizarlos en público como personas no

deseadas. La legislación amparaba estas prácticas, la incultura hacía el resto. Ellos tenían que disimular su aspecto, fingir heterosexualidad, casarse incluso para desmentir su condición sexual. Los “marichicas” eran imitados por sus congéneres con posturas y gestos que consideraban propios de las mujeres. Eran malos imitadores, además.

Por lo que respecta a la homosexualidad femenina, no tengo noticia personal de que en ese tiempo se hablara de ellas de la misma manera. No se veía con buenos ojos a las “marichicos” o “marimachos”, pero porque no se atenían al prototipo de feminidad objeto de deseo por parte de los varones. Es probable que, en las conversaciones entre ellos, hablaran de las mujeres que tenían relaciones entre sí; he sabido posteriormente cuánto les excita esas imágenes de erotismo lésbico. Una vez más, para bien o para mal, las mujeres estábamos excluidas de información que fuera sospechosa de atentar contra la “pureza” observante por sí, desde el conocimiento de la realidad amorosa, tuviéramos la tentación de emparejarnos entre nosotras.

Algunas mujeres me contaron, lógicamente con posterioridad, que sus madres les fueron informando de los conocimientos más elementales de la fisiología femenina y masculina. Eran la excepción. Dependiendo de la tradición familiar, la cultura que presidía las normas de algunos hogares, la obediencia o evitación de las instrucciones provenientes de la religión, las hijas e hijos crecimos con mayor o menor libertad de pensamiento y acción. De los años 40 a 60 del siglo pasado, la radiografía familiar en esta tierra se corresponde en general con lo relatado.

1.3. Iglesia y religión

Nuestros años mozos giraban alrededor de la iglesia, ya lo he dicho. La Acción Católica era la única asociación permitida, al menos en el entorno rural al que pertenecíamos y aunque la distancia de la capital fuera escasa, los usos y costumbres diferían de los que gobernaban la vida social en uno y otro espacio. Los ritmos de la vida y de la muerte, revestidos del ceremonial litúrgico para cada acon-



tecimiento. La muerte de luto; los sacerdotes en número mayor o menor dependiendo de quién era el muerto, con el ropaje ceremonial en negro y dorado, el carro tirado por caballos que conducía el ataúd hasta el cementerio, pintado de negro también. El Viático o última comunión que se administraba al moribundo, era seguido por filas de hombres y de mujeres, precedidos por el sacerdote y su monaguillo tañendo una campana a ritmo lento pero acompasado. La noche hacía que los acompañantes al sacerdote que llevaba la comunión, portaran velas, con lo que el espacio tenía mucho

que ver con el cuadro que el pintor Ciga dejó como recuerdo de esos momentos previos a la muerte. No era ni el mismo lugar ni la misma indumentaria, pero la sensación de estremecimiento que me causa el cuadro, me recuerda aquellas ocasiones en que avanzábamos por la calle Mayor y se hacía interminable. A las niñas y niños nos daba mucho miedo la muerte. Y, sin embargo, la curiosidad nos empujó en alguna ocasión a visitar en su propio domicilio, el túmulo instalado en la habitación donde el difunto aparecía vestido de negro, con las manos enlazadas, un rosario entre ellas y, si era mujer, con mantilla negra. Mantillas que llevábamos todas las mujeres; las



niñas redondas sujetas al pelo con una aguja y las mayores, dependiendo de las posibilidades económicas, lisas o con encajes. Las mujeres, niñas incluidas, debíamos entrar en la iglesia con manga larga y medias o calcetines, según la edad. No se permitían vestimentas que expusieran los brazos al aire y, por supuesto, nada de escote.

Los lutos también en las ropas. Cuando moría un familiar cercano: el esposo o la esposa, el padre o madre, hermanos, los adultos vestían de luto. Negro absoluto las mujeres y los hombres con un brazalete negro en la manga de la chaqueta y corbata del mismo tono, si pertenecía a la clase “de corbata” o se la colocaba en ocasiones. Las viudas llevaban un luto largo, se supone que en señal de respeto hacia el muerto. De la misma manera, la muerte de los padres vestía de ese color durante meses a las mujeres. Al cabo de un tiempo, sobre todo las que no habían quedado viudas, introducían en su vestimenta algún motivo blanco o gris, y al conjunto se le denominaba “alivio de luto” o directamente “alivio luto”, sin el “de”.

Los bautizos, las comuniones, las bodas, todos estos acontecimientos se vivían en Villava como un todo. Cada familia que celebraba alguno de los sacramentos mencionados, lo hacía en su propia casa. En algunas, se llevaba una cocinera para que ese día la madre tuviera un pequeño descanso. En la mayoría, el guiso, la ropa y todas las tareas que rodeaban al festejo, eran a cargo de las mujeres o de la mujer, si era la madre la única adulta en la familia. En estos casos, el blanco era el color dominante.

Así, los colores que nos identificaron con los acontecimientos de la vida religiosa en esa época fueron el blanco y el negro porque hasta las novias, sobre todo de clases populares, se vestían de negro. Además, el morado con el que se cubrían las imágenes en la iglesia por Semana Santa, en señal de ausencia de todo acto festivo durante la conmemoración de la pasión y muerte de Jesús.

Las celebraciones dentro de la iglesia, como en todo el mundo católico, con el sacerdote de espaldas a la feligresía y en latín, lengua extraña a la mayoría de los vecinos que repetían “de oído” lo que



creían entender. A veces, cuando algunos feligreses conocíamos los rudimentos de la lengua latina, nos reíamos de lo que escuchábamos decir o cantar en las liturgias religiosas. Eso sí, con mucho fervor.

En otoño, se convocaban lo que llamaban “misiones”, que consistían en que dos frailes, creo que capuchinos, habla-

ban desde el púlpito sobre las postrimerías del hombre: muerte, juicio, infierno y gloria. Salvo la gloria, todo lo demás era aterrador. La iglesia, entonces era la vieja, oscurecida por humos de las velas



que durante muchos años ardieron en su interior, estaba a rebosar. En penumbra, el fraile al que le tocaba aterrorizar, iluminado en el púlpito por una breve bombilla, con voz tronante, nos sobrecojía. En mi caso, esa noche no lograba dormir tranquila por temor a la muerte súbita y, en una ocasión tuvieron que tranquilizarme en casa e incluso impedirme asistir al día siguiente. Eran muy religiosos, pero, sobre todo, eran padre y madre. Por el miedo, a la conversión y desde ahí, la sumisión.

Por la mañana, temprano, en aquellos días de convocatoria misional, a rezar el rosario por la calle, advirtiéndolo a los perezosos o insumisos que permanecían en el calor de sus lechos, de la posible perdición de sus almas en caso de que atendieran las sugerencias inhibitorias del demonio. El pecado mortal, el venial, el purgatorio, el limbo que ya está fuera de catálogo y lo más terrible, el infierno con ese fuego que amenazaba con abrasarte por toda la eternidad.

La confesión, obligada como sacramento y con una frecuencia aproximadamente semanal, provocaba en la

parroquia largas filas de niñas y niños junto a los confesionarios; también adultos de ambos géneros, pero sobre todo mujeres. Los hombres, en general, se confesaban y comulgaban una vez al año, cumpliendo con el mandamiento de la iglesia “Confesar y comulgar por Pascua florida”. Los había muy piadosos de comunión diaria.

Todos los niños y niñas nos confesábamos de lo mismo: he desobedecido a mis padres, he mentado, he robado unos céntimos, he pegado a mis hermanos, he dicho palabras feas y así una serie de expresiones que hoy se antojan ridículas pero que nos las contábamos unas a otras para tener algo que decir al sacerdote al rendir cuentas. Los confesores nos daban “la penitencia” rápidamente. En nuestra infancia, el desconocimiento y la inocencia propia de la edad, no daban para más. La adolescencia ya fue otra cosa.

Años difíciles en la formación de la conciencia del bien y del mal, de la responsabilidad personal y de los límites. Llegaron otros tiempos, aires nuevos que se llevaron esa manera absurda y

terrible de tratar a los seres humanos. Lástima que a los que no tuvieron la oportunidad de sobrevivir para aprender otra manera de entender la vida, la muerte les aterrorizara.

No pretendo culpabilizar a nuestros padres ni a nuestras madres, ya desaparecidos, que vivieron años muy difíciles; les robaron la juventud con una guerra cruel y su larguísima posguerra en la que no había lugar para la cultura en todas sus expresiones y mucho menos, para la libertad.

He pensado mucho y en muchas ocasiones en ellos, sobre todo en esas mujeres que fueron adoctrinadas desde todos los púlpitos para tener hijos y servir al marido. Algunas tuvieron suerte, de eso se trataba, de tener suerte en el matrimonio y casaron con buenos hombres, cariñosos, trabajadores que mantenían con su esfuerzo en las fábricas a su mujer e hijos. Las recuerdo piadosas en el sentido de vivir la religión con sus prácticas, sosteniendo de esa manera la educación cristiana de los hijos porque la religiosidad con sus propios valores y contravalores, era cosa de madres. Mu-

jes que aprendieron a obedecer, a sacrificarse por el bien de toda la familia, a olvidarse de sus propias necesidades para socorrer a otros, cohesionando la estructura familiar en la que ellas mismas ocupaban un lugar imprescindible, aunque subordinado. Sin duda en muchas ocasiones fueron felices, disfrutaron de momentos agradables porque casi todo es relativo a aquello con lo que se compara y en ese tiempo no había posibilidad de comparación; la ignorancia guardada celosamente por las autoridades que regían la vida de las personas, impedía mirarse en el espejo de otras libertades fuera de nuestras fronteras.

Algunas dificultades se suavizaron a partir de la transición de la penuria económica y cultural al bienestar de los electrodomésticos. De lavar a mano, con suerte en la pila de la cocina, pasaron al lavado a máquina, el mejor de los inventos para las mujeres tradicionalmente consideradas amas de casa, de profesión “sus labores”.

Las tengo muy presentes, nadie les homenajeó por todo el esfuerzo y dedicación a fortalecer los lazos de la fami-

lia, obligación irrenunciable y vitalicia, a veces en silencio y en otras ocasiones a gritos con los hijos que se resistían a obedecer, de los que quedaba constancia en el vecindario. Su entretenimiento: la compra, a ser posible diaria porque no había frigoríficos y porque era la manera de conversar con otras mujeres que acudían a las tiendas de alimentación de las que en Villava y en los años cincuenta recuerdo, al menos, seis. Los hombres hervían sus sufrimientos en los escasos bares locales, en el Centro y en el Círculo según sus intereses personales.

1.4. Miscelánea

El hambre, la feroz puñalada que anula la capacidad de pensar de los seres humanos, que preside su comportamiento, priorizando la necesidad inmediata de su saciación por encima de cualquier otro propósito o ideal. Ese espectro recorría la península en la posguerra de la última contienda, atenazando y deshumanizando a la gran mayoría de las familias de clase obrera. Faltaban los productos alimenticios y, en el caso de

que los hubiera habido, el dinero en sí mismo. Las escasas personas que poseían dinero e información valiosa sobre los lugares donde proveerse de alimentos, quedaron excluidos de las garras del hambre. En las postrimerías de los años cuarenta y buena parte de los cincuenta, en Villava había familias numerosas que pasaban hambre, necesidad de alimentos que escaseaban en sus casas.

En las tiendas de lo que llamábamos “ultramarinos”, nada que ver con los comercios de alimentación del tiempo actual, el tendero o tendera vendía los productos “a fiado”; es decir, el cliente llevaba una libreta donde el vendedor escribía el pedido y su precio. Al cabo de una semana, cuando el trabajador cobraba el jornal semanal, acudía a la tienda a pagar su deuda. Evidentemente, había familias que tenían, además, otras urgencias o necesidades para las que guardaban una parte de ese salario, quedando pendiente de pago una parte de la cuenta, con lo que “el fiado” se prolongaba una semana más o varias. En algunos comercios de este tipo se colgaron carteles con el lema “Hoy se fía, mañana,

no” Algunos de ellos cuelgan todavía de las paredes de locales comerciales, bares, por ejemplo, como el recuerdo de una historia no tan lejana.

Hasta bien entrados los años cincuenta, se hicieron ricos, como siempre en las catástrofes, los que no tuvieron escrúpulos para vender a precios abusivos los alimentos que conseguían en pueblos, tierras de labranza, corrales, huertas, donde los compraban a sus propietarios. La picaresca era la habitual: subían los sacos con los artículos de consumo comprados, a un carro o al tren, según la distancia y los medios de que dispusiera el tratante, intentaban burlar la guardia que vigilaba este tráfico o directamente negociaban con ella mediante una “mordida” hasta que llegaban a las tiendas de “fiado” para su venta al por menor. A esta práctica se le llamó “estraperlo”. Conocimos algunos propietarios de tiendas que se hicieron con un bienestar económico mediante esta abusiva práctica. Tuvimos, por otra parte, la fortuna de conocer a otros que ayudaron a sus vecinos convivientes con la miseria, más allá de la pobreza, faci-

litándoles alimentos de primera necesidad, por ejemplo: harina.

Las cartillas de racionamiento de los alimentos, fueron otra modalidad instalada por las autoridades para el suministro de los productos que escaseaban. En nuestras casas, durante mucho tiempo, nos acostumbraron al partir el pan, aunque no escaseara, a marcarlo mediante el cuchillo de cortar, con una cruz en señal de que se trataba de un manjar divino. O cuando caía al suelo un trozo, lo besábamos. Tal fue la necesidad de este producto básico. Y el llanto de madres al ver a sus hijos pelearse por las migas que caían al cortarlo. Nuestros padres lo vivieron con gran pesar y no se les olvidó nunca la importancia de alimentarse correctamente. De hecho, en nuestra casa, por ejemplo, se insistía en que comiéramos todo lo que nos ponían en el plato porque despreciar la comida era un tremendo desafío a la naturaleza o a la ley divina, según quien lo dijera.

En las cocinas de nuestros domicilios era donde se hacía la vida; en esos espacios donde convergían las actividades de los miembros de la familia de clases

populares, se esperaba la llegada del hombre o de los hombres si había algún conviviente extra familiar, para servirles la comida. Ellas repartían lo guisado y se quedaban para sí el resto, el trozo menos apetitoso o más escaso. Procuraban, de esta manera, que los hombres de la casa estuvieran bien alimentados porque trabajaban. El trabajo que ellas llevaban a cabo no contaba, no se visibilizaba y ellas mismas no le daban importancia. Esta era la forma de entender los papeles asignados a hijas e hijos en la familia y en la sociedad y que nos transmitieron con firme convicción de certeza.

En esos espacios, durante el invierno, alimentaban una cocina llamada “económica”, de hierro, con leña, carbón, serrín... El ambiente era caluroso, muy agradable; sin embargo, en el resto de la casa, la temperatura era gélida. Alternativa: agruparnos todos, cada uno con sus tareas, para no perder el placer de un buen fuego. Una forma de calentar las camas, era poner una botella con agua caliente envuelta en un paño, en los pies. Dormíamos de dos en dos los hijos de familias numerosas: dos chicas,

dos chicos, no revueltos. Al conjunto familiar, en sí numeroso, se añadía algún tío o tía soltera y abuelos que quedaban solos. Los hogares hervían de convivencia, para bien o para mal, dependiendo del tamaño de las casas. Creo que no había casi nada poético en ello.

Otro asunto para el que el espacio “cocina” daba cobijo, era la higiene semanal. Dado que la mayoría de las casas de nuestro pueblo y de otras similares, incluidas las de la capital, carecían de un cuarto de baño completo, con ducha o bañera, no había ni costumbre ni posibilidad de llevar a cabo, un aseo completo diario. Poseer un lavabo en la parte destinada al retrete, era poco frecuente; no obstante, en las viviendas donde existía, el lavado de hacía “por partes”. De la cintura para arriba, era más fácil y de la cintura para abajo, había necesidad de disponer de una palangana para ese menester. Los sábados o domingos, se instalaba en esa cocina una palangana o barreño grande, en general de cinc, donde se volcaba agua caliente y con esponja y jabón, se iba restregando las rodillas a los hijos pequeños, que estaban

marcadas por la costra acumulada con la suciedad de la semana. Las piernas de los menores, chicas y chicos, sobre todo las rodillas, no se protegían y ahí iban a parar las heridas, rasguños, polvo, tierra, etc. etc. Los mayores, hacían lo propio en la misma habitación, a puerta atrancada, o en el reducto minúsculo del retrete, mucho más incómodo. No es de extrañar que la higiene corporal fuera escasa.

Cuando nacía un niño en una familia, felicitaban al padre porque había tenido “de lo caro”. Entre risas y palmadas en la espalda, hacían gracias a propósito del sexo del recién nacido. Hubo hombres cuya descendencia la formaban un grupo de hijas. A la espera del soñado hijo, su mujer paría una y otra vez y ellos maldecían su “mala suerte” cuando el varoncito no llegaba.

En este entorno vivían grupos familiares cuya dedicación era intentar sobrevivir en medio de las penurias económicas. Los chicos anticipaban futuros de mayor prosperidad. En los pueblos, como el nuestro, donde el proceso de industrialización había dejado de lado

el labrantío, los hijos y las hijas trabajaban en las fábricas, pero a éstas se les pagaba menos. Lo “caro” o lo contrario, porque no oí nunca decir de las niñas “lo barato”, aunque se sobreentendiera, tenía su base en la necesidad de salir de la pobreza lo antes posible. Y, en este sentido, el jornal de los chicos aportaba alguna comodidad añadida.

Supongo que esa no era la única razón. Las madres, en general, se encargaban de la vigilancia sexual de las hijas. Tenían miedo, pánico en ocasiones, según el talante de cada una, de que las dejaran embarazadas. Con los chicos no había ese cuidado; ellos disfrutaban de libertades socialmente adjudicadas en razón de su género. Salvo los dictados religiosos en materia de castidad, antes descritos, si algún desliz salía a la luz entre chico y chica, siempre ésta era la culpable y se le tildaba de “cualquier cosa”. No es de extrañar que en este contexto los padres prefirieran hijos a hijas. Creencias familiares, sociales, de unos tiempos de sequía cultural alimentada por los poderes establecidos. Mentes sencillas, con escasez de conocimien-

tos, resultaban fácilmente manejables. Es sabido que la información que fluye con libertad, alimenta el criterio propio. En aquellos años, a partir del final de la guerra civil, era preferible mantener a la población superviviente en la ignorancia para favorecer el sometimiento a los principios que habían alimentado la insurrección militar y la victoria final.

1.5. Relación hombre-mujer

No era frecuente ver a los matrimonios, que no parejas, uncidos del brazo para acudir a pasear, a la iglesia o a la compra. No significaba necesariamente que se llevaran mal o que estaban hartas unas de otros o a la inversa, es que no era costumbre extendida. Ciertamente que esta costumbre fue cambiando conforme el país iba cediendo terreno a la importación de prácticas foráneas donde la libertad se respiraba más fuerte, aunque en las casas de este lado de los pirineos se viviera como un leve susurro. Llegaron los años del “destape”, que trajo consigo el uso del bikini, los pantalones para las mujeres más jóvenes y el cigarrillo en

los labios que daba un toque “chic” emulando a las estrellas del cine, sobre todo el americano. Hubo que esperar para estos cambios, al menos una década.

Los privilegios sociales asignados a los hombres, padres, contrastaban con la severidad en las exigencias respecto a las tareas propias de las mujeres, madres. Adoctrinadas en la cultura masculina, regidas por las normas patriarcales, transmitieron a la siguiente generación los valores que incorporaron a sus vidas, a los que muchas de ellas fueron fieles y con los que se consideraron cumplidoras del papel que se les había asignado. Recorrieron su periplo vital, satisfechas por la obligación cumplida, el trabajo bien hecho. Rectas y sabias madres, se procuraron una vida lo más dichosa posible; algunas, como ahora, lo consiguieron y murieron felices rodeadas de hijos, nietos y biznietos en sus propios hogares. Sin ellas saberlo, inocularon en sus hijas e hijos el virus de la desigualdad; nos educaron en la diferenciación, simbolizados culturalmente en los colores azul o rosa, en la asignación de roles y tareas diferentes. Los chicos, si había

posibilidades económicas en la familia: a estudiar y las chicas: al matrimonio, o a la vida religiosa en ambos casos. Ellos podían salir más tiempo y más largo, las hijas teníamos que recogernos en casa para ayudar en las tareas domésticas. Nos enseñaron lo que ellas sabían: a coser, guisar, limpiar, estar bien arregladas. En muchas de nuestras familias, el respeto a los vivos y el homenaje a los muertos era motivo de conversaciones más o menos ilustradas.

Algunas madres de ambientes más acomodados, procuraron “buenos partidos” para sus hijas e hijos, vigilantes de sus amistades, procurando encuentros que facilitaran “que se casaran bien”. Bien casadas era sinónimo de unirse para siempre con un hombre bien situado en la escala social, económicamente solvente, si era rico mejor. *“El amor se hace en la almohada”*, lo escuché en alguna ocasión de labios de una vecina, frase que me sorprendió y aún recuerdo, como si fuera el antídoto para resolver las desavenencias matrimoniales o la garantía de que, con un matrimonio conveniente, la felicidad estaba asegurada.

Si en este tiempo se habla de machismo como sinónimo de ciertas actitudes masculinas basadas en creencias de superioridad de género, en aquél, aunque no se nombrara de esta manera, significaba lo correcto. Es decir, agradar al marido, servirle en sus necesidades de todo tipo, era la consigna. Muchos hombres, instruidos para proveer a la familia de los recursos económicos necesarios, creyeron que casarse significaba algo así como adquirir una criada para todo. Les enseñaron en sus hogares de origen que no debían ocuparse de su ropa, lavado y planchado, de comprar y cocinar, de elegir los colores de su vestuario porque eran las madres o hermanas quienes se encargaban de todo lo necesario para que fueran limpios, aseados, que tuvieran ropa de diario y de domingo. Una vez casados, con estos aprendizajes previos, trabajaban fuera de casa y muy duramente en más de un caso; ellas se quedaban a cuidar el fuego del hogar a la espera del hombre, como se hizo desde muchos siglos antes sin que a nadie le sorprendiera esa distribución de roles. Fruto de una cultura tradicional que

pretende todavía hoy, mantener relaciones de dominancia y sumisión en detrimento de la realización personal.

A las mujeres se nos permitió cierta labilidad emocional identificada con el género femenino, débil por definición; a los hombres se les prohibía la exhibición del dolor, el miedo, la frustración. Ellas podían llorar en público, ellos reprimir el llanto. *“Los hombres no lloran”, “no seas nena”* etc. etiquetas que a muchos de ellos les dificultó vivir una emocionalidad completa, liberadora, colaboradora de una vida digna. La incompetencia emocional de chicos, luego hombres, para identificar sentimientos propios y ajenos, les dificultó el entendimiento con sus propias mujeres y ambos tuvieron que resignarse a una comunicación ausente de muestras externas de sensaciones profundas.

Así quedó la manifestación del llanto como un asunto propio de mujeres. Curiosamente y he aquí la contradicción, cuando alguna mujer era convocada por hombres revestidos de autoridad, por ejemplo, laboral, para comunicarle alguna noticia desagradable o ella misma

necesitaba manifestar su descontento o reclamación, el llanto que acudía irreprímible a sus ojos, le vaciaba de la capacidad de convicción. Algunos, se compadecían o se burlaban íntima o abiertamente; otros, los más paternalistas, ofrecían un pañuelo para secar las lágrimas y, al fin, el objeto de litigio, denuncia o reclamación quedaba en último lugar.

He tratado por mi profesión a personas adultas que, reconociendo la ausencia de modelos familiares a los que imitar en el tratamiento y expresión de sentimientos, tuvieron que aprender con sus iguales a nombrar lo que nunca fue nombrado y, por tanto, ausente de su vocabulario habitual. Hombres y mujeres que fueron escasamente tocados, acariciados, besados por sus madres y menos aún por sus padres porque no era costumbre. Sus propios padres jamás mostraron entre ellos signos externos de afecto ante sus hijos e hijas; no se besaban, acariciaban, decían palabras amorosas por pudor, vergüenza, falta de hábitos; creencias inconscientes y sin embargo incorporadas a sus vidas como lo natural.

Mujeres y hombres de mi generación fueron criados por sus progenitores en la ausencia de muestras de cariño cuando no en la severidad de la norma. No se trataba de una excepción, en el medio rural, sobre todo, era costumbre generalizada que con el tiempo fue cambiando hacia la normalización de la vida sentimental.

Esa oscuridad atribuida a una época de dificultades económicas y carencias culturales vivida por un país que no se sacudía el polvo de la opresión, contribuyó al mantenimiento de cierta indigencia social. Me admira y sorprende, a la vez, la capacidad del género humano para la superación de la adversidad; el instinto de supervivencia y el sentimiento de esperanza contribuyen a la identificación de los recursos necesarios, aún sin el propio conocimiento de su existencia, para revertir experiencias transformándolas en pasos útiles sobre los que asegurar el camino por la vida. Como el ave fénix renaciendo de las propias cenizas o de algunas hogueras internas no del todo apagadas, muchas mujeres y hombres de aquel tiempo, a pesar de las

carencias sufridas en los hogares donde les moldearon la infancia, brillan en el presente con luz propia.

Todas las dictaduras que en el mundo se han conocido han restringido la libertad de los ciudadanos en aras de un pensamiento único. Cuando las personas han nacido, vivido, desarrollado, educado etc. en el tiempo de gobierno de regímenes políticos dictatoriales tienen dos opciones: revelarse o adaptarse; conformarse con lo establecido y vivir de la mejor manera posible para no sufrir; cumplir las normas, no pensar en otras alternativas, no mirar hacia otros países con diferente régimen político y, por lo tanto, social. Si miras, puedes ver lo que te puede provocar ansiedad por desear aquello que está fuera de tu alcance. Por añadidura, al uso de regímenes totalitarios, la propaganda se ocupa de venderte lo propio como “lo único bueno, verdadero y salvador”. Con la obediencia asegurada, el triunfo del poder sobre la voluntad es un hecho. El aderezo moral servido por las autoridades eclesiásticas hizo el resto para que todo quedara fir-

memente sujeto durante cuarenta años. Toda una vida de muchas personas.

Lo que ahora conocemos, no lo supimos entonces. Yo no lo sabía, lo intuía, pero sin certezas. Quizás fue mejor así, no lo sé. Lo que sí sé es que llegó un tiempo, unos años en que se colaron por las rendijas de un país aislado, los aires de libertad, de cambios, que nos indujeron ideales diferentes, aspiraciones distintas. Unos cuantos jóvenes de Villava resultaron muy incómodos porque se organizaron políticamente desde la rebeldía. Otros, por convicciones personales o por miedo, permanecieron en la pasividad del pensamiento único, trabajando, creando hogares, llenándolos de hijos, con la ilusión siempre de una vida mejor, sin duda.

Nuestras madres y padres que fueron capaces de adaptarse a la vida austera y restrictiva de un régimen autárquico, intentaron vivir lo más decentemente posible, sin medios económicos con los que acomodar sus vidas, con la ilusión y la esperanza de ver crecer a sus hijas e hijos y que llegaran a ser lo que ellos no habían logrado. El ritmo diario esta-

ba marcado por las sirenas de las fábricas, el “tuto” de Onena por ejemplo y las campanas de las iglesias. En este querido lugar, donde yo viví durante treinta años, de origen campesino devenido en industrial, el compás del tiempo lo marcaban esos sonidos. La mayoría de las familias enviaban a sus vástagos a las escuelas, de chicos o de chicas, donde se les instruía en los conocimientos elementales para integrarles al mundo obrero a los catorce años. A partir de esa edad y hasta la jubilación, podían sentirse satisfechos de tener un trabajo fijo en la misma empresa.

1.6. Años de necesidad

Teniendo en cuenta que en las clases populares tener lo que llamaban familia numerosa era lo habitual, en los hogares había necesidad material de contar con un jornal extra y se celebraba el ingreso de ese dinero, incluso se celebraba que los hijos fueran incorporándose al trabajo en una secuencia temporal bienal. Una vez empleada toda la prole, el padre y la madre sentían realizada su

aspiración de dar a los hijos un futuro; satisfechos, la calidad de vida aumentaba significativamente. Se notaba cómo iban transformándose las viviendas por dentro, modernizando su mobiliario, incluso aparecía en la sala o comedor de la casa, el primer televisor en blanco y negro que era una señal de ascenso en la escala social local.

Hubo hogares donde se respiraba el silencio acerca de lo vivido en tiempo anterior. El silencio protector ante los hijos que no debían saber lo que la familia había sufrido porque les había tocado en mala suerte el bando perdedor. Lo que no se nombra, no existe; lo sabe bien porque lo materializa, la estrategia que utiliza el marketing. Hubo un tiempo eterno en que pesaba sobre ellos la humillación a la que fueron sometidos por próximos y lejanos. Durante ese espacio de vida aceptaron por su salud física y mental, las prescripciones que imperaban en el conjunto social. Sus obligaciones, por tanto, fueron las mismas que las que gobernaban el conjunto de las familias del mismo municipio. Sin convicciones, pero con condiciones, in-

tentaron superar sus miedos y adaptarse de la mejor manera posible a la realidad circundante. Sobrevivieron.

Las familias con seis, siete o más hijos eran muy frecuentes en aquel tiempo al que me refiero; por lo tanto, alimentar, vestir y proveerles de la formación necesaria para que se abrieran camino en la vida, notoriamente costoso. Los conventos de monjas y frailes hacían proselitismo en los pueblos; acudían a las escuelas a contar las excelencias de los centros, espacios, actividades deportivas, es decir todo lo que escaseaba en el entorno en el que se movían los alumnos y los críos iban a sus casas pidiendo a los padres que les dejaran ir a tal o cual convento. En algunos hogares, la situación económica era tan precaria y la prole tan numerosa que la única razón para no permitir la marcha de los hijos a la llamada de las Órdenes religiosas, era que no tenían dinero para comprar el colchón o los enseres mínimos necesarios que aportar al convento. Así, las supuestas vocaciones religiosas florecieron cual margaritas en primavera. A la conquista de almas jóvenes para el sacerdocio, el Seminario Diocesano de

Pamplona iba en cabeza. Los chicos encontraron en ese espacio un lugar donde podían estudiar, jugar, alimentarse y sus progenitores descansaron a través de ese mismo espacio por haber apartado a su prole de los males del mundo; además, eran bendecidos desde las prédicas por la bondad de su entrega al ministerio sacerdotal.

El devenir de otros estilos de vida y los progresivos cambios políticos, contribuyeron a vaciar celdas o dormitorios comunes. Los habitantes de las casas conventuales fueron envejeciendo sin relevo generacional. Los seminarios se dedicaron a otros usos y objetivos para los que fueron contruidos. Sin embargo, muchos chicos, no así las chicas, consiguieron estudiar el bachillerato y prepararse para el ingreso en la Universidad mientras se formaban para la vida religiosa. En este sentido, los seminarios se convirtieron, aunque no fuera su propósito, en proveedores de recursos intelectuales merced a los cuales, hijos de familias de clases populares tuvieron la oportunidad de demostrar su valía en profesiones liberales.

1.7. La educación

Entretanto, los mismos o diferentes conventos que iban incrementando su población juvenil se dedicaban a la enseñanza general, consistente en instruir en diferentes materias sin otro objetivo que la diferenciación con las Escuelas Nacionales, que así se llamaban. Algunas mujeres, en su mayoría procedentes de familias que se podían permitir el pago de las clases, formábamos parte del alumnado de esos centros de enseñanza, llamados popularmente “colegios” para diferenciarse de las “escuelas”. En varios de éstos, como en Villava, en los años 50, se instauró la enseñanza del bachillerato al que accedimos un número escaso de alumnas. Curiosamente, la misma monja daba clase de todas las asignaturas. Se suponía que estaba capacitada para instruir en cualquiera de las materias.

Si tenemos en cuenta que una de las medidas que tomó la dictadura recién estrenada fue la de eliminar al magisterio ejerciente en los años de la República, cuesta mucho creer que las religiosas y religiosos estuvieran capacitados ple-

namente para el ejercicio de la enseñanza. Dudo que, salvo la garantía del nacionalcatolicismo, se persiguiera una educación en el sentido pleno que damos a esta palabra. De hecho, la repetición de los textos sistemáticamente para su memorización conformaba la metodología de estudio indispensable para la obtención de calificaciones escolares aceptables. Los Institutos Femenino o Masculino, aportaban al conjunto un cierto aire de modernidad al uso de los tiempos. Nunca en aquellos años chicas con chicos estudiando juntos.

En el currículo escolar se incluían como asignaturas evaluables, la Formación del Espíritu Nacional y el Hogar. FEN era el acrónimo con el que abreviábamos y designábamos la asignatura y que consistía en memorizar los principios fundamentales del “Movimiento”, que genéricamente y para simplificar, decíamos “la falange”. Sobresalía el tratamiento político que se otorgaba a la Falange Española y de las JONS. Difícil explicar el contenido del texto para quienes no han tenido que vérselas con el mismo y además, rendir en un exa-

men obligatorio como cualquier otra asignatura.

Lo del Hogar para las chicas consistía en realizar labores en unos pañitos que se mostraban en el momento del examen a lo que se añadía, a juicio de la examinadora, la indicación de realizar alguna puntada, bordado o similar en el estrado. Tutelaba la formación política y la preparación para el hogar, la Sección Femenina de Falange (FET).

En el colegio de las Dominicas había dos tipos de alumnas: las de pago y las que no pagaban, éstas eran menos. Sé por varias mujeres que la diferenciación por clases sociales era abrumadora en otros colegios de la ciudad. Yo recuerdo a unas chicas que habitaban, como internas, un edificio anexo al que servía para impartir las clases, las llamaban “apostólicas” y decían que estaban estudiando para monjas. Muchas de ellas provenían de otras tierras, generalmente pertenecían al mundo rural y eran de familias pobres. Entre las mismas monjas, se diferenciaban las que llamaban “legas” que eran las que hacían las labores domésticas. Concluíamos, entonces,

que unas eran las servidoras y otras las servidas. El cambio en los conventos fue muy llamativo con la reforma que el Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII, llevó a cabo en muchos aspectos y en éste en particular. Muchas de estas mujeres decidieron cambiar los

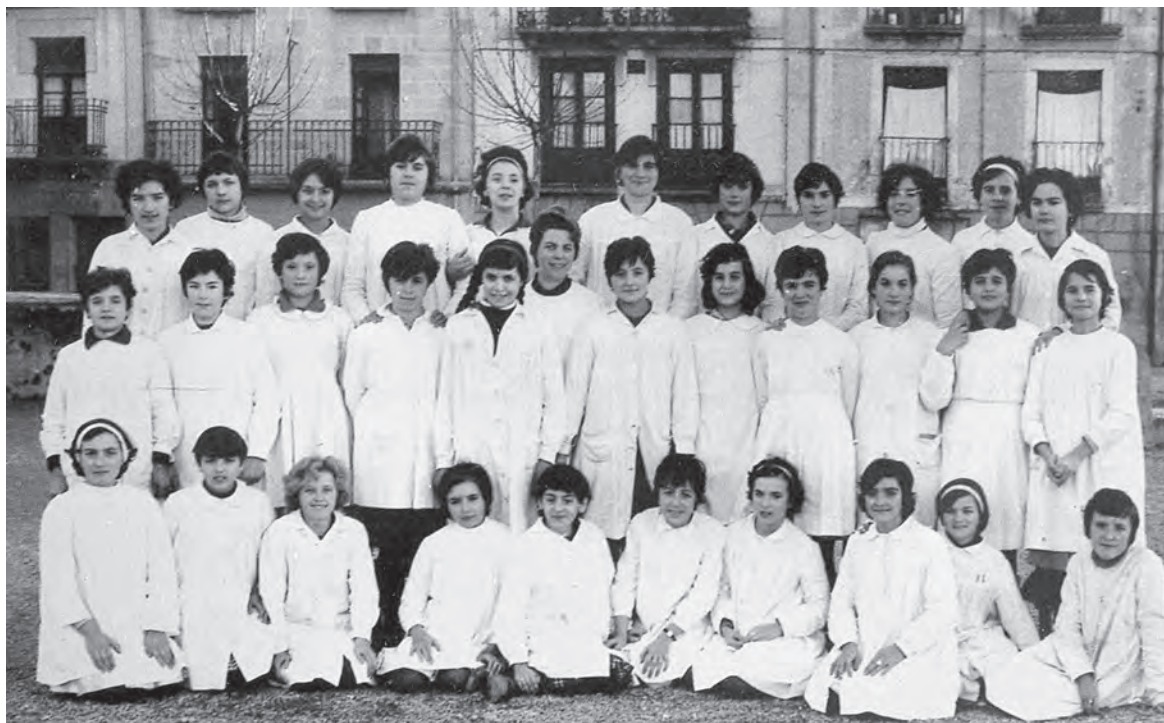
hábitos por vestimenta seglar y convivir en casas por grupos.

Respecto a las Escuelas Nacionales, como he mencionado anteriormente de chicos o de chicas, separados, recuerdo por mi observación personal y, sobre todo, por el relato de mujeres y hombres



con los que he hablado sobre este tema, que el número de alumnos por aula era elevado; había maestra para las chicas y maestro para los chicos que impartían la formación básica. En la misma aula se agrupaban varias edades de alumnos dependiendo, por tanto, de la habilidad del maestro o de la maestra el control del orden. Habilidad o autoridad, de tal manera que quien era más permisivo

con el alumnado, tenía que soportar los gritos, peleas, etc. entre ellos, incluso los abusos de los mayores sobre los pequeños en forma de pellizcos, bromas, lo que hoy llamamos “bulling”, que entonces ni se conocía este vocablo inglés con el que se designa el acoso, a pesar de que se practicara con total impunidad. Me vienen a la memoria los nombres de los que ejercieron el magisterio en los años



en que transcurre este relato: D. Agustín García, D^a Irene Larragueta, D^a Ángeles Segura, D^a Pilar García Larragueta, D. José Antonio Pérez. Espero no haber olvidado a ninguno.

Las Escuelas formaban parte del mapa social en el medio rural y se organizaban de la misma manera; dependiendo del número de habitantes por municipio, las aulas estaban más o menos pobladas.

Las salidas profesionales estuvieron ¡cómo no! teñidas de la ideología discriminatoria dominante: los chicos cuyas familias tenían capacidad económica para “darles estudios”, hacia carreras universitarias o formación profesional de lo que llamaban “ciencias”: ingenierías, física, química, matemáticas, medicina... y las chicas a “letras”. Ellos, mecánicos, médicos, ingenieros...; nosotras, secretarias, enfermeras, maestras. En la fábrica o en la oficina: ellos, jefes. Nosotras, subalternas. Así fue la diferenciación por géneros, la educación para la desigualdad durante cuarenta años del siglo pasado que se vivió de forma similar en toda la geografía y que describo

someramente en este relato para alumbrar el conocimiento de lo que sucedía dentro y fuera de nuestro pueblo.

En 1952, Pamplona dio sus primeros pasos como ciudad universitaria. El fundador del Opus Dei creó lo que se denominó Estudio General de Navarra, cimientos de la actual Universidad privada. Los primeros estudios que se impartieron fueron los de Derecho y el número de alumnos, así como el de profesores era reducido. La población local no disponía de medios para estudiar; los que tenían recursos familiares, en su mayoría acudían a la Universidad de Zaragoza por cercanía u otros motivos. En Villava hubo un chalet espléndido enfrente de la Escuela de Peritos que pasó a ser propiedad del Opus, como lo llamábamos. En él fueron apareciendo unos chicos guapísimos, rubios en su mayoría, que hablaban otros idiomas y llevaban unas americanas azules con el escudo del Estudio General de Navarra bordado en el bolsillo superior. La novedad de esta aparición y el entusiasmo adolescente nos llevaba a pasear por la zona para mirar, porque no había otra alternativa, a esos seres dorados tan di-

ferentes de nuestros convecinos. Ellos se fueron marchando, otros les sustituyeron, jamás tuvimos relación alguna con este vecindario y en poco tiempo los dejamos de ver definitivamente. El panorama local recuperó su normalidad anterior. Todo fue efímero, pero resultó sorprendente esencialmente porque constatamos que había otras formas de vivir. La americana azul se incorporó a nuestro vestuario que lucíamos en los días festivos en que el uniforme escolar se arrinconaba hasta la siguiente jornada lectiva.

La Escuela de Peritos Agrícolas reunía a un buen número de alumnos, chicos mayoritariamente. Acompañábamos solidariamente a alguna amiga hasta la salida de sus clases para propiciar encuentros en los que se conformaban con mirar, sonreír, saludar tímidamente y... vuelta a “lo nuestro”.

1.8. Mujer, trabajo, ocio

Por lo que respecta al maltrato doméstico hacia las mujeres, en todas sus formas, no dispongo de datos cuantitativos. La “cultura popular” ha dejado testi-

monio de lo que entonces no se consideraba una lacra social. Canciones que sostenían de alguna manera “*la maté porque era mía*” se han mantenido hasta hace escaso tiempo. Letras cantadas por hombres y mujeres como inofensivas e incluso divertidas tales como “*y le daba, le daba, le daba, unos palos que la consolaba*”, rancheras en las que un preso convicto y confeso relataba que había matado “*a su mujer y a su amigo más leal*”, sin ningún tipo de arrepentimiento y así una serie de faltas de respeto hacia las mujeres de las que, insisto, nosotras no teníamos consciencia. En las fiestas, comidas populares etc. las coreábamos sin ningún tipo de rubor.

Durante unos años, el trabajo de muchas mujeres en Navarra, se realizaba en el propio domicilio donde recibían piezas de diferente procedencia: juguetería, ropa, calzado, bolsas de papel etc. Trabajo precarizado no sujeto a ninguna legislación laboral, por tanto, mal pagado y sin limitación de horario. Muchas mujeres jóvenes y mayores, en sus propias casas pasaban horas haciendo trabajo a destajo.

Según el profesor D. Eduardo Montagut Conteras, este tipo de trabajo comenzó en España en las primeras décadas del siglo XX, denunciado en su momento por los Socialistas en aquellos años. Personalmente, como he indicado anteriormente, he sido testigo en nuestro pueblo, en numerosos hogares, de la tarea de mujeres recogidas afanosamente en torno a montones de material de variada procedencia. En nuestros pueblos, otros cercanos y también las grandes ciudades, al menos durante el tiempo de la dictadura, subsistió y fue sobradamente conocido por todos los vecinos.

Coser puntos a las medias, era otra posibilidad para algunas mujeres de ganar unas pesetas. En sus propios domicilios, con una aguja manual, en principio o a máquina posteriormente, las llamadas “carreras” en las medias femeninas, se llevaban a coser para evitar comprar otras nuevas. Hoy en día, este trabajo no existe, directamente, unas medias usadas van a la basura y se compran otras nuevas. Recuerdo un anuncio en un ventanal: *“Las medias, las lave y las lleve a ...”* (aquí el nombre de la reparadora de tal

vestimenta). Por si a alguna se le ocurría llevar las medias a reparar, sin previo lavado, esta mujer lo advertía en su publicidad. Deduzco, por tanto, que el previo lavado no era frecuente.

El ocio, las actividades de tiempo libre, estaban destinadas al domingo; el resto de la semana, al trabajo. En las escuelas y colegios la jornada era completa, mañana y tarde. Más adelante, se instauró lo que llamaron “semana inglesa”, régimen semanal de ocho horas diarias de trabajo de lunes a viernes, cuatro horas el sábado por la mañana dejando libre la tarde y el domingo. Ese día, el domingo, fiesta de guardar con obligación de acudir a misa. Por la mañana las chicas a ayudar en las faenas domésticas. En los años sesenta aproximadamente era frecuente tomar el vermú. Por la tarde, al cine parroquial donde proyectaban películas “del Oeste” o de folklore andaluz, que llamábamos despectivamente “españoladas”. Pésima propaganda nacional que devaluó nuestro sentimiento hacia la cultura andaluza tan reconocida en el tiempo que vivimos. Éramos niños o adolescentes los que acudíamos a la sesión de sobremesa, las tres

de la tarde. En las butacas se seguían las batallas de vaqueros e indios con todo el realismo; se avisaba a los “buenos”, vaqueros, de que los indios, “los malos”, estaban apostados en el filo de la montaña. Era tal el griterío que el responsable de la sala tenía que intervenir varias veces para calmar los ánimos. A la salida, paseo calle arriba-abajo cantando, corriendo, ocupando la calzada completa porque apenas circulaba algún vehículo. En edades en que la presión de las hormonas nos conducía a mirar a los chicos y a la inversa, incidíamos una y otra vez en aquellos lugares donde sabíamos que estaban “ellos”, los deseados. No nos parábamos a hablar entre nosotros porque no estaba bien visto que las chicas tuvieran relaciones de amistad con ellos. De las que trataban abiertamente con el otro género, murmuraban la mayoría del vecindario.

Me han contado ellos que, una vez cumplidos los catorce años y habiendo comenzado su periplo laboral, entregaban el jornal completo en casa (algo que también hacían las chicas que trabajaban en las fábricas o comercios). Las madres les daban “la paga semanal” y como

no había otros lugares de esparcimiento, se reunían en las salas de las sociedades locales, en general adscritas a la iglesia. A los dieciocho años, sin ningún otro atractivo o distracción para el entretenimiento, acudían con la merienda en las tardes del fin de semana a alguna de las dos sociedades locales: El Centro o El Círculo. Pedían vino y lo tomaban en cuadrilla, acomodados en el espacio común o salón provisto de mesas y sillas, en los que había servicio de bar. Con el vino, generalmente de mala calidad, se les animaba el temple y comenzaban las canciones que coreaban todo el grupo reunido. Los mayores, sentados a sus mesas, al oír esas voces y el jolgorio que alteraba sus rutinas, mostraban enérgicas quejas a la Junta correspondiente y en más de una ocasión se les expulsaba porque molestaban. Para las chicas, no había tal problema. Sencillamente, no íbamos solas a ningún bar ni abierto a todo público, ni de las sociedades. Nuestras casas o la calle eran el lugar de reunión, además de la parroquia y alguno de los locales donde celebraban las reuniones la Acción Católica.

1.9. Reflexión final

No han transcurrido tantas fechas con sus estaciones frías y cálidas en este país, no lo suficiente como para que se haya extinguido la huella de esa contingencia. Seguimos aquí las mujeres y hombres a los que nos adoctrinaron de tal manera.

Nos secuestraron la juventud y tuvieron que pasar varias décadas de crecimiento o desarrollo personal, esfuerzo incluido, para rescatarnos. La necesidad de esparcimiento, de libertad para vivir la vida cada uno a nuestra manera, tuvo que esperar demasiado y, cuando se abrieron las puertas, como supervivientes, nos lanzamos a respirar los nuevos aires con toda la fuerza de nuestra vitalidad. Para alguna de nosotras resultó duro aprender nuevos comportamientos para los que no estábamos entrenadas. Probablemente influyó el sentido de ridículo inoculado tiempo atrás.

A pesar de todo, por la constatación de la fuerza interior de cada ser humano para perseguir sus sueños, ideales o

utopías, mantengo la fe en nuestra capacidad sin la cual no sería posible la superación de dificultades. Las luchas contra la obediencia impuesta, la que nos privó de la elaboración de criterios propios; las dudas razonables que no hallaron lugar en las mentes dominantes, que se negaron a escuchar probablemente para evadirse de sus propias dudas, nos dejaron huérfanos de certezas importantes para un caminar más seguro por nuestras vidas.

Tuvimos que ir transformando los valores que nos inculcaron en aquellos años de pensamiento único, reformándolos para sentirnos libres de ataduras que no encontraban acomodo en el deseo de realización personal.

Cada década se colaban por las rendijas de la censura oficial, otros modelos de vida, diferentes formas de amar. Íbamos desalojando de nuestro mundo emocional muchos miedos aprendidos, sobre todo el miedo a la condenación eterna que tan constreñida mantuvo la libertad durante los primeros años de nuestra existencia.

LOS AÑOS 60

INTRODUCCIÓN

ESTA década estuvo condicionada por los cambios económicos surgidos a nivel estatal, consecuentes a la reorientación de las políticas de la dictadura en esa materia para alejarse del aislamiento internacional sufrido en la etapa anterior. Estos cambios, como intentaré describir, significaron una transformación en la demografía de Villava. La generación que, en esta década, alcanzó la etapa adolescente o primera juventud, respiró nuevos aires de libertad, a pesar de que el régimen no dejaba de presionar. Nuevas familias llegadas de tierras del sur, se instalaron en nuestro pueblo, aprendimos a convivir.

El Movimiento Feminista, su empuje mundial, probablemente provocó la apertura de la Iglesia Católica a la consi-

deración de la mujer como un sujeto activo, sin soltar la mano en el control de la moral sexual.

El resurgimiento del Movimiento Obrero, la evolución de los Movimientos Sociales en la Iglesia, como la HOAC, JOC y la VOJ, ocupan su lugar en las páginas que siguen.

El mundo se movía y este país, lentamente, se desperezaba. La férrea dictadura, seguía su curso.

2.1. El contexto exterior

Con el fin de contextualizar la situación económica que se vivía en este país en los años sesenta, me tomo la libertad de transcribir al comienzo de este capítulo, un fragmento del libro de José Luis Díaz Monreal, titulado “Las huelgas de Potasas”, que en su parte 3, describe

“Entre 1960 y 1973, se produjo un notable desarrollo, que fue posible por la combinación de cuatro grandes factores:

El crecimiento de los países de Europa Occidental, que hizo el efecto de una válvula para la población activa española. Cerca de dos millones de trabajadores emigraron en aquellos años, lo cual alivió las tensiones del mercado laboral español.

Las remesas que los emigrantes enviaban, lo que ayudó a compensar la balanza de pagos.

La aparición del turismo de masas, que se convirtió en uno de los principales motores del desarrollo español, mediante las divisas ingresadas y el impulso al sector de la construcción.

La inversión extranjera”.

Además, los llamados “Planes de Desarrollo”, cuya titularidad institucional ostentó el ministro Laureano López Rodó, miembro del Opus Dei y uno de los componentes del equipo ministerial denominado “los tecnócratas”, que intentaron ordenar el desarrollo económico que estaba por llegar.

Los cambios económicos se hicieron notar en toda la geografía y, poco a poco, fueron transformando nuestra capacidad de consumo, aunque no los supuestos teóricos que sustentaban los llamados “principios del movimiento”.

La planificación del desarrollo del país contó con tres fases que ocuparon desde su implantación en 1964 hasta el año 1975, mediando entre una fase y otra, cortas interrupciones.

Las zonas más castigadas por la pobreza y el analfabetismo fueron Andalucía y Extremadura. Los latifundios en ambos territorios, la forma de contratación de trabajadores para el campo, condicionaron la vida de las familias pobres, que eran la mayoría.

Siglos de explotación y humillaciones precarizaron el trabajo en el campo, retratado con todo detalle en la novela de Miguel Delibes “Los santos inocentes”, llevada al cine bajo la dirección de Mario Camús, con una interpretación actoral digna de todo elogio. Las imágenes y las palabras describen la forma de vida de señoritos y servidores con tal elocuen-

cia que no me atrevo a añadir ni una coma al relato.

Los aludidos planes no pudieron absorber la mano de obra rural y en consecuencia, los territorios más empobrecidos tuvieron que emigrar, salir de sus lugares de origen no por gusto sino por mejorar sus condiciones de vida.

En el contexto de la nueva planificación económica del país, decidieron ubicar unos focos o polos de desarrollo en el norte de la península y en el mediterráneo principalmente, que dieron lugar a un incremento y modernización de la industria, esencialmente la siderurgia y la del automóvil, en detrimento del campo que tuvo que esperar unos años más para mecanizar la agricultura. En consecuencia, la vida en el campo no ofrecía oportunidades para salir de la miseria económica, se vaciaron los pueblos agrícolas y las grandes ciudades vieron crecer su población, lo que motivó una reestructuración de los servicios, crecimiento del sector de la construcción y la aparición de grandes diferencias sociales.



Navarra fue una de las provincias que recibió familias enteras venidas del sur del país. A Villava llegaron grupos familiares extremeños y andaluces que colorearon la vida monocolor de los años anteriores, movilizando sentimientos de desconfianza y de acogida, simultáneamente. Llegaron buscando una vida mejor para ellos y sus hijos; una avanzadilla examinó las posibilidades de mejora en esta tierra y a continuación otros familiares, amigos y conocidos se sumaron y asentaron en los pueblos donde se les dio trabajo. No vinieron porque tuvieran necesidad de moverse, dejar sus lugares de origen por turismo, lo hicieron por pura necesidad como tantos emigrantes de todos lugares, también de Villava, que tuvieron que salir a otros países a buscarse la vida, exiliados voluntarios

o forzados por persecución política, en busca de trabajo que encontraron en Alemania, Suiza, Francia... y donde aprendieron otras maneras de entender la vida.

Aires externos refrescaron el sopor de un país adormecido por la ignorancia, la represión a todos los niveles y la obediencia ciega por imperativo legal y divino. Lenta pero progresivamente, nuestras costumbres locales fueron cambiando. Los emigrantes importaron dinero que facilitó la adquisición de bienes de consumo anteriormente inexistentes, como el codiciado televisor donde se visualizaban nuevos modelos sociales. Los primeros hogares que compraron un televisor compartían con vecinos y familiares las horas de emisión que se veían interrumpidas con cierta frecuencia por sombras o rayas que impedían el visionado. En la calle donde vivíamos la familia, había alguna casa que disponía de televisor; allá acudíamos mis hermanos, algunos vecinos y yo hasta que aparecía lo que llamaban “carta de ajuste” que no era otra cosa que el

fin de la emisión. En la casa donde nos acogían, por fin, se quedaban solos.

La vida de las mujeres en nuestros hogares conoció otra forma de distribución del tiempo; la lavadora eléctrica, que no automática, liberó una parte de la jornada; la radio o el televisor en el mejor de los casos, ofrecía la oportunidad de un ocio doméstico relativamente más culto.

En julio de 1961 la **Sección Femenina de Falange** propuso la Ley de Derechos de la Mujer; en su título introductorio proponía el acceso a puestos de trabajo para nosotras, las mujeres, sin otra limitación que *“las que su condición femenina impone”*. Nuevamente la exclusión y la inclusión, a su vez, en “fábricas femeninas”, como las conserveras y alimentarias o en el sector servicios y hostelería, peor pagados que las industrias siderúrgicas, por ejemplo, a las que accedían los hombres. En Villava no existían este tipo de fábricas, las que ocupaban a hombres y en menor número a mujeres, eran las industrias del papel y del cartón, las de vinos y licores y alguna dedicada a derivados de la madera. La necesidad de

consumo de bienes y servicios, como he mencionado, anteriormente inexistentes, indujeron un consumo dirigido especialmente a las mujeres que fuimos, lógicamente, el objeto de la publicidad y nos convirtió “de facto” en compradoras. Un nuevo adjetivo para designar a nuestras madres, todavía jóvenes en aquellos años o a solteras en edad de casarse y formar nuevo hogar. Los hombres decían “*eso es cosa de mujeres, a mí no me vengas con eso...*” que desviaban la atención del vendedor e hizo las delicias del marketing publicitario.

2.2. Primeros movimientos sindicales y mayo del 68

Algunas de las consecuencias del uso y abuso del nuevo poder económico, se dejaron notar en la conflictividad social: se organizaron las Comisiones Obreras, originadas por la necesidad de reivindicar mejores salarios y prestaciones sociales en el seno de las fábricas que se iban transformando a la par que aumentaba el número de trabajadores. Al nacimiento de este movimiento obrero

se sumaron los conflictos sociales motivados por la falta de libertades democráticas. El mapa de la exigencia de libertades se extendió por todo el país y en Villava vivimos el fortalecimiento de las luchas obreras a las que se fueron uniendo en la ciudad las estudiantiles y se ramificaron por centros de enseñanza e incluso provocó la transformación de la Acción Católica, que tuvo que adaptarse a la marcha de los nuevos tiempos.

Sin duda alguna, el hecho más importante acaecido en el seno del Movimiento Obrero español fue la aparición de las Comisiones Obreras apoyadas por los comunistas que aprovechaba las estructuras del sindicalismo vertical. Las organizaciones del movimiento obrero y las clases sociales por ellas representadas fueron las grandes derrotadas en la guerra civil, las que tuvieron que padecer el grado más alto de castigo y represión.

En la creación y extensión de esta nueva organización, estuvieron presentes muchos militantes de los Movimientos Apostólicos de la Acción Católica, concretamente la HOAC y la JOC, apor-

tando ideas, tiempo e infraestructura. Teniendo en cuenta el carácter clandestino con el que ejercían su militancia, las nacientes organizaciones utilizaron como lugares habituales de reunión algunos locales parroquiales. Una iglesia comprometida con los pobres, encarnada por seglares y algunos sacerdotes obreros, se tuvo que enfrentar a la jerarquía católica.

Tuve la oportunidad de hablar ampliamente con Luis Donazar, villavés de origen y vecindad, militante activo de la Hermandad Obrera de Acción Católica, (HOAC), quien me ilustró sobre el nacimiento y desarrollo de la organización y me regaló un libro que conservo “Aproximación a la historia de la HOAC”, de Basilisa López García. Me ha servido de guion para escribir estas líneas con las que armar un relato general acerca de los cambios vividos en el mundo obrero, que afectaron lógicamente a la vida social de Villava.

En sus ramas masculina y femenina (HOAC y HOACF, respectivamente), nació en el año 1947 en los albores del franquismo con un deseo de evangeliza-

ción de la clase obrera. Superando duros enfrentamientos entre la jerarquía católica y sus bases, aquellos hombres y mujeres comprometidos con las clases desfavorecidas, dedicaron muchas horas de su tiempo a la organización, con la ilusión de contribuir a la reorganización del movimiento obrero.

La década de los 60 y el comienzo de los años 70 fueron decisivos para la reconstrucción de todo el tejido social. Mujeres y hombres de diversas ideologías y militantes pertenecientes tanto a los restos del sindicalismo tradicional como al de nueva creación, sufrieron persecuciones por la policía al servicio de la dictadura: procesos judiciales, encarcelamiento de sus líderes, multas. En Onena, concretamente, los militantes tanto de HOAC como del creciente sindicalismo, fueron muy activos en esos años.

El régimen tenía su propia organización sindical: La Central Nacional Sindicalista (CNS) donde convivían en difícil armonía, trabajadores y empresarios. Dentro de sus propios locales, en esta extraordinaria década, grupos de tra-

bajadores de diferentes ramas de la industria y servicios discutían y se organizaban en el Consejo de Trabajadores. En Navarra vivimos años de fervor anti-franquista.

En mayo de 1968, en París, los estudiantes y obreros se rebelaron por la “conquista de las libertades”; pagaron cara su rebeldía y sufrieron una represión brutal. Como consecuencia de las movilizaciones que llevaron a cabo, se consiguieron avances sociales: la liberación de la mujer en el mundo desarrollado, el protagonismo creciente de la sociedad civil, la consolidación de los derechos sindicales...



La “liberación de la mujer” se materializó en la libertad de contracepción y del aborto, la autoridad parental conjunta sobre los hijos, la posibilidad de que las mujeres abrieran una cuenta bancaria sin la autorización previa del marido, el derecho a la igualdad profesional entre el hombre y la mujer. Nada de esto llegó a este país en esa década. No obstante, sembró la inquietud por el cambio.

El movimiento estudiantil francés se extendió más allá de sus fronteras. En España se organizaron asambleas estudiantiles apoyadas desde fuera por las Comisiones Obreras. Los encierros de estudiantes en las facultades y las huelgas obreras confluyeron con las protestas en ciudades del mundo, que en este país cobraron forma de protestas anti-dictadura. Huelga decir que todas estas acciones fueron reprimidas por la policía.

En nuestro pueblo, la mayoría de la población, sobre todo la femenina, no nos enteramos de casi nada. Vivíamos esos acontecimientos en la más absoluta ignorancia; nuestros días y sus afanes

carecían de fuerza reivindicativa, en parte por ocultamiento de información, en otra parte por carencias universitarias y ausencia de presencia en el naciente y clandestino movimiento sindical. Personalmente, descubrí lo que supuso ese movimiento revolucionario en años posteriores, cuando conecté con otros mundos diferentes que me abrieron una ventana a la realidad oculta a mi mirada y a la de las personas con las que, hasta ese momento, me había relacionado.

En esos años sesenta, las que fuimos niñas en la etapa anterior, nos disponíamos a casarnos, en general con chicos de nuestro entorno. Tal fue mi caso. Nuestras ocupaciones estaban centradas en la preparación del matrimonio: comprar una casa o alquilarla, acondicionarla y esperar la fecha deseada con todas las ilusiones propias del enamoramiento, aunque sin la preparación necesaria para dar un paso de tal dimensión. Los jóvenes matrimoniábamos alrededor de los veinte años y, en esas edades las mentes jóvenes están llenas de promesas, fantasías que, lógicamente, provocaron que el paso tan importante que íbamos

a dar, nos pareciera un cuento de hadas. Así fue en general, salvo excepciones; nada nuevo incluso en este tiempo.

En la calle Mayor, enfrente de la iglesia, había un costurero dirigido por dos estupendas hermanas, Esther y María Jesús Urrea, a donde acudíamos unas cuantas chicas de edades similares a preparar nuestro “ajuar”. En un momento, los novios llamaban desde el portal, silbando o dando al picaporte porque no había timbre y mucho menos, portero electrónico. Según el silbido o el repique de la aldaba, sabíamos que la llamada era para una u otra. En aquél espacio fuimos muy felices, nos reímos, hacíamos confidencias y aprendimos labores que, más adelante, nos fueron relativamente útiles.

Cuando, años más tarde, en otro contexto, escuché los comentarios, vivencias, experiencias de mujeres de mi edad a propósito de mayo del 68, sentí lástima por no haber participado, aunque fuera de lejos, de aquel movimiento revolucionario. No se puede estar en todas partes y, en aquel momento estábamos viviendo experiencias diferentes.



2.3. Ocio y fiestas patronales

En materia deportiva, fue el Beti Onak, nacido en 1951, dependiente de la Iglesia, como todas las asociaciones existentes en aquélla época, quien alentó la actividad pelotazale, el fútbol y el balonmano. Prestigia a Villava por sus éxitos deportivos de los que son partícipes mujeres y hombres jóvenes.

Los partidos de pelota que se jugaban en el Frontón Atarrabia, en la plaza Consistorial, sobre todo en las fiestas patronales, eran muy concurridos; acudían a Villava de poblaciones vecinas, incluida



Pamplona. En esa década, Santiago Torres, dantzari del Muthiko Alaiak y casa-



do con una joven de Villava, comenzó a ensayar al recién nacido Grupo de Danzas del Beti Onak. Formábamos el grupo unas cuantas chicas que prefiero no nombrar porque no deseo excluir a ninguna. Con acompañamiento, al comienzo, de Jesús Igarreta con su acordeón y más adelante, también de txistu, danzábamos en los descansos de los partidos de pelota, naturalmente en el interior del frontón. Posteriormente, el grupo se amplió, mejoraron el vestuario y actuaron en diferentes espacios.

Siguiendo la trayectoria marcada por padres y abuelos, un grupo de jóvenes de ambos géneros, formó un grupo de

Teatro al que llamaron “Atarrabia”. Ensayaron y representaron diferentes obras en Villava y en otras poblaciones. Los payasos T0M y PEPO, hicieron las delicias de chicos y grandes. El cine, en el mismo Centro Parroquial, continuaba con sus sesiones de sobremesa y tarde. Cambiamos de edad y también de costumbres. Recuerdo mi primera experiencia con el cine en Pamplona; sorprendida y admirada por el espacio y los anuncios que veía





por primera vez, lo contaba en casa con el entusiasmo de la novedad.

El Coro Parroquial, del que también formé parte en esos años, se nutría de hombres y mujeres. Cantábamos en la iglesia, sobre todo en las misas solemnes. Hoy, con el nombre de Coral San Andrés, cosecha éxitos musicales y forma parte de la Federación de Coros de Navarra. A propósito del Coro: en aquellos

años la juventud de Villava no viajaba. En mi familia, íbamos a visitar a los tíos que vivían en otros lugares, nos invitaban a sus fiestas y nosotros a ellos. Pues bien, el Coro, en el año 1966 organizó una excursión a Santiago de Compostela a donde acudimos encantados, al menos era mi caso. Como en el autobús que nos llevó quedaban algunas plazas libres, se invitó a familiares de los cantores. Entre



unos y otros organizamos una semana que no hemos olvidado. Se repitió posteriormente a Palma de Mallorca. A partir de ahí, han viajado a diferentes lugares a los que no he acudido porque los nuevos compromisos familiares me impidieron continuar en el Coro.

Las fiestas en Villava, durante los primeros días de un mes otoñal, octubre, fueron y siguen siendo, singulares. La

música en la plaza Consistorial, las atracciones para niñas y niños que aumentan conforme avanza el bienestar económico, txarangas, peñas, kilikis y, más adelante los primeros gigantes confeccionados por pequeños y grandes artistas locales. La procesión con banda de música foránea. El succulento relleno que en este tiempo tiene etiqueta propia, además de la creación de la “Cofradía del Relleno de Navarra”, al uso de los tiempos actuales

en que las diferentes Cofradías se erigen en torno a los placeres corporales, como son el beber y el yantar.

En la década anterior, la presente y por varios años más, la peña ACATADEAPA, que toma su nombre de las iniciales de cada uno de sus creadores, ponía música por las calles, alegría juvenil y muchas personas mayores disfrutando desde las ventanas. Los “pipotes” donde se agrupaban los chicos y algunas chicas, guardaban barricas de vino con melocotones en maceración acompañados de otros licores; cada grupo aderezaba el conjunto como mejor les placía. Bien comidos y bebidos, la juerga no faltaba.



Quizás todo lo relatado acerca de las fiestas, carezca de singularidad; sobre todo desde la perspectiva actual. Probablemente lo singular resida en la visión particular de una juventud deseosa de romper algunos moldes, de aligerar el peso de la vigilancia, aunque a posteriori hubiera que rendir cuentas morales.

2.4. El movimiento asociativo femenino

En esos años sesenta, la mayoría de las mujeres niñas o adolescentes en la década anterior, iniciamos nuestra andadura en el mundo laboral. Unas, la mayoría, en las fábricas; las menos en Enfermería, Magisterio y, sobre todo, secretarías o Administrativas. Tal fue mi caso. El mundo del trabajo, me ofreció la oportunidad de contactar con ese otro espacio opaco para nuestro grupo femenino en la etapa precedente.

Ajena, como antes he explicado, al Movimiento Feminista que iba calando en el mundo, me propuse iniciarme en sus postulados mediante la lectura del libro de más éxito en cuanto al análisis

antropológico, filosófico, psicológico, social, económico y político, escrito por Simone de Beauvoir, “El segundo sexo”. Ella, consciente de las relaciones de injusticia y discriminación que sufrían las mujeres en el mundo, en toda época y en cualquier lugar, supo ver, con acierto, el momento oportuno para exponer ante el mundo entero, las causas y consecuencias de las recurrentes humillaciones impuestas a las mujeres desde todos los estamentos sociales: religiosos, políticos, económicos.

Su tesis: “*Una no nace, sino que se convierte en mujer*”, resume la idea central de su obra. Vino a decir que el hecho biológico de nacer mujer no marca la característica humana considerada femenina, sino que son los modelos de comportamientos heredados de generación en generación a través de la historia de las mujeres y el moldeamiento social de determinados comportamientos interesados, los que determinan la idea del “eterno femenino”, admirado y admirable. Idea de dudosa respetabilidad que esconde falazmente estereotipos que nada tienen que ver con la dignidad hu-

mana y, desde luego, con la dignidad de las mujeres.

Si en el mundo tuvo gran impacto el pensamiento feminista, en España, en plena posguerra, las cosas no fueron iguales. El porcentaje de mujeres universitarias era bajísimo y los estudios filosóficos y de análisis de contenidos se realizaban mayoritariamente en el mundo universitario. Por lo tanto, en el mundo rural, que era mayoritario en este país y en el mundo obrero, que era masculino, se desconocía la esencia de la filosofía feminista y, desde luego, las obras literarias de mujeres como la citada Simone de Beauvoir.

En nuestras familias villavesas, las universitarias eran apenas un grupo reducido. La oportunidad de estudiar para las mujeres en general y para muchos hombres, llegó una década después. La Universidad Nacional de Educación a Distancia nos ayudó a cumplir los anhelos universitarios de muchas personas. Como mujer, trabajadora y madre, completé mis estudios con ilusión y mucho esfuerzo.

Al cabo de los años, hemos ido superando situaciones denigrantes para las mujeres tomando como referencia reivindicaciones femeninas con referentes filosóficos claros o simplemente por la pura necesidad de auto-superación, impulso instintivo hacia el equilibrio y la libertad, aunque su consecución sea costosa.

He destacado en páginas anteriores, la influencia y presencia en este País de las instituciones esenciales que gobernaban la vida social y la de las mujeres, en particular: **la Iglesia Católica y la Sección Femenina de Falange Española**. Son hechos constatados con los que intento explicar las razones, si las hubiere, que sientan las bases de lo ocurrido en España, en tanto en Europa y en Estados Unidos de América, sobre todo, iba adquiriendo fuerza e importancia el movimiento feminista, máxime a partir de la revolución industrial y las dos grandes guerras mundiales.

En nuestra geografía, la palabra feminista provocaba claros sentimientos de rechazo, como si constituyera una amenaza hacia lo establecido. Huelga la nece-

sidad de explicar que Navarra no era una excepción. Recuerdo, incluso en los albores de la naciente democracia, acudir a la manifestación convocada para el día 8 de marzo, ante la hilaridad mal disimulada de las personas que, desde las aceras, observaban a las escasas mujeres reunidas reivindicando el derecho inalienable de la Igualdad entre géneros. Me consta que hubo y sigue habiendo una interpretación errónea de este derecho. Igualdad entre mujeres y hombres no significa igualdad fisiológica entre los géneros, significa reconocimiento de la dignidad de las mujeres, igualdad social en todos los ámbitos y, por lo tanto, abandono definitivo de la “cosificación” del género femenino.

En cuanto a la Sección Femenina de FET, fue Pilar Primo de Rivera, presidenta vitalicia de dicha institución, quien argumentó en su discurso de apoyo a la Ley de los Derechos Políticos, Profesionales y del Trabajo de la Mujer, que no se quería hacer iguales a hombres y mujeres, pero que éstas tenían derecho al trabajo y que los varones debían apoyar a las mujeres en esto “*por ser el vaso más flaco*”. Los Planes de Desarrollo de los

años 60, impulsaron la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado fuera del hogar, para lo que hubo que legislar en función de la nueva realidad social y económica en una España retrasada y excluida de los circuitos económicos europeos.

Fue, naturalmente, la Sección Femenina quien se encargó de formar pro-

fesionales como ya había ido formando mujeres amas de casa, esposas sumisas, madres abnegadas, etc. desde el fin de la guerra civil. Dentro de la estructura rígida del régimen político no se permitía que se fuera incentivando ningún tipo de libertad individual. La Sección Femenina se ocupaba de la vigilancia y control para el cumplimiento estricto



de los objetivos marcados por la dictadura. Las profesiones elegidas para las mujeres, en general, eran las orientadas a empresas textiles. En cuanto a los estudios posteriores al bachillerato que cursaban una minoría de mujeres, sobre todo se formaban Maestras, Enfermeras, Puericultoras, Secretarias, etc. De ahí la carencia de mujeres universitarias en el medio rural, sobre todo. Respecto a Villava, he dejado constancia de ello.

Está claro que no se permitía a las mujeres un asomo de pensamiento libre. Y si los hombres estaban controlados políticamente, las mujeres lo estábamos en todos los ámbitos.

No es de extrañar que apenas se conociera entre las clases populares el pensamiento filosófico existencialista y mucho menos todavía la aportación a la historia de las mujeres de una filósofa como Simone de Bouvoir. Era impensable dejar rendijas a la libertad. Todo tenía que estar “atado y bien atado”. No sorprende, en consecuencia, que el pensamiento generalizado de las mujeres se acomodara a estas directrices y que la educación transmitida de madres a hi-

jas se correspondiera con los patrones establecidos de sumisión, dependencia, represión de iniciativas y vinculación a la figura del hombre, padre de familia y dueño de la libertad de sus hijas y de su propia esposa.

2.5. Iglesia y mujer.

La Acción Católica

En cuanto a la Iglesia Católica, ha quedado expuesto en páginas anteriores y reflejado en abundante bibliografía, que su papel en el mantenimiento de la dictadura fue fundamental. Si esto fue así en términos generales, en lo referente a la educación de las mujeres, resultó decisivo. La iglesia ejercía el control social, a través de la educación y de la presencia en todos los eventos o actividades de la vida, no solo personal y privada sino también de la vida pública. Y esto ocurría en España, cuando en el resto de Europa estaba bien perfilada y funcionando, la separación y diferenciación de funciones entre la Iglesia y el Estado.

El binomio Iglesia-Estado, estaba inspirado en un integrismo de religión

única, intolerancia, disciplina ciega, culto rígido y formalista. En el Concordato de 1953 la Iglesia Católica consiguió confirmar la totalidad de sus privilegios históricos, entre otros el mantenimiento económico por parte del Estado, del clero y el culto y el monopolio en **materia educativa**.

El monopolio de la educación significaba una enseñanza de acuerdo al dogma y la moral de la Iglesia, la enseñanza de la Religión en todos los niveles, el derecho a la inspección de la iglesia, la censura de los libros de texto, etc. La Iglesia se convirtió de hecho en uno de los principales instrumentos de implantación social del modelo a seguir para las mujeres, consistente en la sumisión, el memorismo y el individualismo, expresados en códigos de conducta muy restringidos.

La Acción Católica, fue la principal asociación religiosa implicada en el papel de proselitismo, formación y control de los niños y niñas, más tarde jóvenes y adultos.

En mi caso, en Villava, la mayoría de las jóvenes adolescentes pertenecíamos a la Acción Católica, en su Sección Juvenil, además de a otras asociaciones religiosas como las Hijas de María. Los hombres, también a la Adoración Nocturna, que amplió su admisión a las mujeres, en una Sección independiente.

Según María Salas Larrazabal, el incipiente feminismo en la sociedad facilitó la organización de las mujeres desde la Acción Católica para estar al día en la dinámica social. Así, aparecieron algunas asociaciones de mujeres que contaban con más o menos apoyo de la jerarquía. Ha quedado expuesto el distanciamiento a consecuencia de conflictos ideológicos entre los movimientos de base católicos y la jerarquía eclesiástica, entre ellos los surgidos en la HOAC y la JOC emergentes del mundo obrero y vinculados a la lucha de las mujeres por su emancipación.

Siguiendo a la autora en su obra "*De la promoción de la mujer a la teología feminista*", Pio XII, que no fue precisamente un Papa vinculado a ideologías progresistas, supo ver el avance del movimien-

to feminista y no quiso que las mujeres de Acción Católica quedasen a la zaga de idearios que distaban de los mantenidos por la autoridad eclesiástica de aquel tiempo. En consecuencia, alentó el movimiento asociativo femenino en el seno de la iglesia, frente al inmovilismo anterior propiciado por la correspondiente jerarquía.

La Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC), nació en 1910, en virtud de la organización de mujeres de varios países europeos, para dar respuesta desde su fe a los problemas mundiales. En 1947, obtuvieron estatuto de consulta en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. En 1952, establecieron como prioridad asociativa la promoción de la mujer “Feminismo cristiano”, organizando a tal efecto, jornadas en diferentes países para tratar el trabajo de la mujer, sus necesidades psicológicas, su presencia pública, entre otros temas.

En 1961 Pilar Belosillo, presidenta de UMOFC en España, propuso un plan de acción de acuerdo con las nuevas corrientes de pensamiento en Europa a

comienzos de los años 60, contando con la experiencia habida en educación de adultos en el mundo. Puso en marcha los Centros de Formación Familiar y Social, precursores de los Centros de Cultura Popular y Promoción de la Mujer, para la educación de las mujeres casadas de los medios populares. Creó un equipo cuyo objetivo era recoger información sobre las nuevas corrientes en educación de adultos, su metodología y sus realizaciones, tanto en el campo civil como en el eclesial. Contactó con la UNESCO y la OIT (Organización Internacional del Trabajo), que protagonizaba un programa de formación de los trabajadores muy innovador en esos años. También con las JOC y el Movimiento Agrario y Rural Católico.

A través de todo ello, profundizó en el método “*Ver, juzgar y actuar*” y conoció la experiencia de Paulo Freire. Crearon un equipo de trabajo dirigido por María Salas en relación directa con Institut Ecuménique pour le Développement des Peuples, a través de Paloma López de Ceballos. Establecieron contactos con “*Peuple et culture*”, en París, un gran

movimiento en educación popular y con el “Centre de Culture Ouvriere”, de JOC y fueron creando una metodología activa “*Educación Liberadora*”, al estilo de Paulo Freire (Pedagogo brasileño).

En Navarra, mujeres pertenecientes a los movimientos especializados de la Iglesia Católica, sobre todo HOACF, respondieron a la llamada a la participación social, creando una comisión que decidió abrir un Centro de Formación Familiar y Social en Pamplona, concretamente en la calle Tajonar número 3. Tuvieron que pasar por un curso de formación específica en Madrid y, una vez concluido, se invitó a participar en el proyecto a mujeres de clases populares.

Pilar Sanz, querida amiga, era por entonces presidenta de la HOACF, procedente del medio rural donde recibió la educación adscrita al género Femenino; destinada como tantas a cuidar el hogar en todas sus variantes. Rompió los moldes que intentaron forjar su destino y se instaló en Pamplona, donde trabajó y conoció al hombre con el que compartió su vida, por entonces presidente de la JOC. Ambos participaban de la misma

ideología, labraron un proyecto común en el que había hijos, complicidad y apoyo mutuo, requisitos necesarios para que ella pudiera desplazarse a Madrid durante dos o tres meses y abrir su mente a una formación específica en educación de adultos dirigida esencialmente a mujeres. La colaboración de otras mujeres de HOACF en el cuidado de sus hijos pequeños, sumada a la de su marido, hizo posible su incorporación al nuevo proyecto educativo. Sin esta ayuda solidaria, hubiera sido imposible contar con ella para tal empresa.

Con este bagaje, Pilar y sus compañeras, comenzaron su andadura; amueblaron el local con el mobiliario procedente de escuelas que se habían cerrado. Acudieron a la Caja de Ahorros Municipal, hoy inexistente, y recibieron ayuda económica para la apertura de otros Centros en los barrios en los que se formaban nuevos grupos de mujeres. Hicieron publicidad en locales y tiendas para la matriculación y la llamada tuvo una gran respuesta. Posteriormente, la Caja de Ahorros de Navarra, respondió a su solicitud de ayuda económica has-

ta que, con la fusión de ambas Cajas, desapareció el apoyo económico. Afortunadamente la difusión de la labor de los Centros era mayoritariamente conocida y valorada socialmente con lo que la dificultad económica se palió con el entusiasmo de las y los colaboradores y la matriculación de alumnas, incluso de alumnos en años posteriores.

Para la rehabilitación de los locales donde se impartieran las clases, contaban con personas conocidas, generalmente comprometidas con los movimientos sociales entonces existentes.

Inicialmente, los Centros de Formación Familiar y Social, dependían del equipo formado al efecto en la Acción Católica, centralizado en Madrid. Al cabo de diez años, pasaron a depender de un Patronato Diocesano, cuyo presidente, Daniel del Río, miembro de la HOAC, facilitó el trabajo independiente llevado a cabo por los Centros, que se convirtieron en Centros de Cultura Popular y Promoción de la Mujer. La autonomía en la acción fue total y la cobertura legal de la Iglesia, indispensable en tiempos de dictadura en que no se permitía ninguna

organización que no estuviera controlada por los poderes fácticos del Estado.

Los temas que se trataban en los grupos de formación con las mujeres eran: Educación integral, Alfabetización, (dependiendo de las necesidades del grupo), Relaciones de pareja, Sexualidad (estaba prohibida la contracepción), Educación de hijos, Formación Social y habilidades en general para el desenvolvimiento de las mujeres en la vida pública. El material didáctico inicialmente venía de Madrid a donde debían acudir las responsables de los Centros para formación permanente.

Tomaron conciencia del papel de la mujer en el mundo, de la importancia de la aportación de su género a la sociedad, informándose de la marcha de los acontecimientos. Se favorecía el despertar de las mujeres a un pensamiento diferente, integrador de otras posibilidades, respetando las opciones individuales: o dedicación completa a la casa o simultanear con el trabajo por cuenta ajena. La participación en las esferas políticas o en las organizaciones de pueblos y barrios entonces incipientes, fue otro de

los objetivos. Las claves de la educación como práctica de la libertad favorecen una metodología inductiva que se centra en la persona, en sus circunstancias, sus deseos, inhibiciones y decisiones.

La elección consciente del proceso de educación de las mujeres de clases populares, desde su propia realidad, respondía a la importancia contrastada de la formación como vehículo para el desarrollo integral de la persona, tanto desde el punto de vista antropológico como desde la perspectiva psicológica de la exploración del propio pensamiento.

No nacieron solos. Todos los movimientos especializados de la Iglesia Católica estuvieron implicados en una tarea común de presencia en la sociedad; mujeres de los mismos, sobre todo de la HOACF, dieron luz a los Centros, participaron de similar cultura y se nutrieron de similares líneas de formación. De ahí que se encuentren paralelismos entre la formación de los obreros en la Iglesia, al margen de la jerarquía en algunos casos y la de las mujeres. El paso del tiempo, la formación específica de las personas colaboradoras en la impartición de ma-

terias, dio lugar a la profesionalización de este singular voluntariado, una parte del cual encarnó la figura de Animadores Socioculturales, emergente en Europa y reconocida por la UNESCO, que la definió como un conjunto de prácticas sociales encaminadas a estimular la iniciativa y la participación de las comunidades en el proceso de su propio desarrollo y en la dinámica global de la vida sociopolítica en la que están integradas.

Para el desarrollo y continuidad de los grupos, además de contar con colaboradores externos, profesionales de diferentes materias, en general personas afines a la pedagogía elegida, fueron las propias mujeres de los grupos que, después de un proceso de dos o tres años de formación básica, recibieron la complementaria relativa a la Animación Socio-Cultural para ejercer como responsables o animadoras.

Insisto en que el hecho de que haya sido la Iglesia Católica la que ha dado cobertura legal en este País a todo este movimiento de educación y desarrollo de la libertad del pensamiento, se explica por sí solo, teniendo en cuenta el marco es-

tricto que imponían las leyes en la época franquista. Estoy convencida de que la sociedad organizada y consciente del momento sociopolítico, creó movimientos que supieron dar respuesta a los problemas humanos existentes. Quizás Pío XII no tuvo esa intención al llamar a la participación social, o quizás sí. Lo cierto es que en su andadura tuvieron serios problemas con buena parte de la jerarquía de la iglesia. Por otra parte, miembros activos de la misma, algunos sacerdotes, se implicaron en las responsabilidades de formación y educación. No hay que olvidar que el gobierno de esa dura época, creó una cárcel en Zamora para recluir en ella a los curas “disidentes”. Un centro de triste memoria, único en Europa occidental de estas características.

Más tarde, desaparecida la dictadura, desaparecida la Sección Femenina y con plena libertad de acción de los movimientos ciudadanos, entre ellos el creciente Movimiento Feminista, se constituyeron asociaciones civiles. En Navarra, al amparo de la Ley de 1983, se creó el Colectivo de Cultura Popular Alaiz, continuador de los Centros de Cul-

tura Popular y Promoción de la Mujer, que ha ido transformando su estructura organizativa y los destinatarios de su acción pedagógica al ritmo de los tiempos; acuden a sus cursos tanto mujeres como hombres, si bien el alumnado sigue siendo prioritariamente femenino, de todas las edades y clases sociales.

Al paso de estos acontecimientos, con ritmos diferentes, Villava vivía transformaciones ligeras en sus usos y costumbres y modificaba su estructura urbana. En la plaza Consistorial, se eliminaron los “paredones”, una especie de bancos de hormigón que hacían las veces de cierre a la calle Mayor. En la misma plaza, se abrió el acceso al colegio de las Dominicas, que lo cerró por la calle Mayor. En su lugar, se construyeron viviendas. El matadero municipal desapareció y una parte de su espacio lo ocuparon las Escuelas de chicos y chicas, por separado al comienzo de la década y a caballo entre las décadas 60 y 70, juntos. La ONU determinó la coeducación en las aulas el 14 de diciembre de 1960 y en España entró en vigor el 30 de noviembre de 1969. Siempre con retraso.

La parte del pueblo que mira al monte, se amplió y en la que mira al río desaparecieron unas viviendas unifamiliares para dar cabida a la industria papelera que ampliaba sus instalaciones fabriles. Los propios trabajadores construyeron en la década anterior y en “auzolan” sus viviendas, que llevaban el sello de la “Obra Sindical del Hogar”, “Patronato Francisco Franco”; en el transcurso de la presente década, toda la calle que parte de la Mayor y conduce hacia el monte, estaba y está ocupada por tales grupos de casas. El aspecto de la villa comenzaba a vivir una metamorfosis que ha culminado en nuestros días en una Villava moderna, prácticamente irreconocible por los antiguos vecinos.

La población, en consecuencia, había crecido merced a la llegada de personas procedentes de Andalucía y Extremadura; además por la incorporación de nuevos vecinos que formaron parte de la plantilla de trabajadores de la industria emergente. El número de habitantes censados en esa década llegó a 3.200 aproximadamente, de los cuales un trece por ciento eran personas de fuera de Navarra.

2.6. Reflexión final

Las vivencias internas seguían su curso. El mundo cambiaba, nada es estático; sin embargo, la sensación que recuerdo era la de que todo lo que nos circundaba era previsible. Pocos cambios éramos capaces de aventurar, incluso ese devenir pausado parecía lógico, propio de la lógica en la que nos educaron, de las consignas que expresa o veladamente seguíamos recibiendo.

A nuestro lado, surgían voces discrepantes, siempre silenciadas por los que ostentaban el poder o peor aún, exhibiéndolos como enemigos de lo privado y de lo público. Nada nuevo cuando se trata del control de la ciudadanía.

Los hombres y mujeres que en las décadas anteriores esperaban que el mundo democrático diera la espalda a la dictadura que nos gobernaba, sufrieron decepción. Muchos de ellos, prefirieron el exilio a países vecinos, sobre todo a Francia y allí se apoyaron unos a otros para darse el calor de la solidaridad y la esperanza del retorno.

LOS AÑOS 70

INTRODUCCIÓN

ESTA década supuso, para nosotras y nosotros, jóvenes habitantes de Villava, una etapa en que cumplimos expectativas antiguas y nos congratulamos por ello.

Despertamos a una nueva conciencia personal y ciudadana. El estilo de vida se abría a nuevos horizontes, modelos foráneos a imitar. El consumo se hizo más potente y, en consecuencia, los hogares se modernizaron.

La Iglesia Católica dio un giro importante con el Concilio Vaticano II, fruto del cual las liturgias cambiaron, el sexto mandamiento de la Ley de Dios, dejó de ser el único. La sexualidad adquirió estatus de dignidad y comenzó a tratarse como una parte importante de la salud.

Los movimientos sociales y políticos adquirieron consistencia, se organiza-

ron previendo el final de la dictadura por el envejecimiento y muerte del dictador.

Se incorporó la mujer al trabajo fuera del hogar. Las luchas sindicales tomaron las empresas y las calles; las huelgas de esa década fueron numerosas y en ellas participaron activamente los dos géneros: femenino y masculino.

3.1. Miscelánea

No he hablado en momentos anteriores de nuestros baños en el río. Ahora viene bien hacerlo. No teníamos piscinas, anhelábamos el agua durante los veranos que recuerdo calurosos. Los lugares elegidos para refrescarnos, comer o merendar en familia, eran el “cascajo” de Arre, la “playa” de Oricain, y en algunos momentos, “el Rondo”, o Errondoa. Era curioso, ver llegar en “La

Villavesa”, familias completas de Pamplona acarreando bolsos, algunas sillas playeras y animando a la chiquillería con promesas de felicidad. Las mismas familias, cuando se ponía el sol, volvían con los bolsos vacíos, los críos cansados, los padres y las madres cortos de paciencia, remolcándolos con otro tipo de promesas.

Pedíamos, desde la Asociación de Vecinos, que se construyeran piscinas municipales tal como iban apareciendo en otras poblaciones similares y, ¡al fin!, así fue. Una piscina grande, tamaño olímpico y una pequeña para los niños. El bar, mesas para comer los alimentos que llevábamos de casa. Nos reuníamos las familias, juegos de cartas de sobremesa, hierba fresca para tomar el sol. Éramos felices esos días de verano. Hasta nuestras madres se pusieron el bañador. Todavía conservo el carnet de Instalaciones Deportivas Municipales Villava. Abonado nº 72 y una fotografía en la que aparece una mujer joven que guarda conmigo cierto parecido.

Otro de los logros fue la desviación del tráfico procedente de Pamplona

en dirección a Francia, que pasaba por la calle Mayor y, debido al incremento del parque móvil, significaba peligro de accidentes. Se construyó la “variante” actual cerca del monte Ezkaba. Volvimos a sentirnos libres en la calle principal para que nosotros y nuestros hijos la recorrieran de arriba abajo y a la inversa, como se hizo durante muchos años.

Aumentaron las viviendas de nueva construcción y lógicamente, aumentó el número de habitantes, que en esa década llegaron a 4.500 aproximadamente.

Los cambios habidos en el consumo, afectaron claramente a la situación de la mujer en la mayor parte del país, mejorando su calidad de vida doméstica. La sociedad española se modernizó fruto de la influencia de los movimientos migratorios dentro y fuera. Consecuencia del crecimiento económico fueron las ventas de coches, frigoríficos, televisores que cobraron presencia en casi todos los hogares, cambiando la tonalidad de grises por la televisión en color, signo de estatus social.

3.2. Cambios en el modelo familiar

El modelo familiar fue cambiando lenta pero progresivamente merced a la incorporación de la mujer al trabajo fuera del hogar. El consumo de bienes y servicios que había sido patrimonio exclusivo de las clases económicamente pudientes, al hacerse cada vez más presente a través de los canales de televisión, sugirió a muchas parejas la necesidad de ampliar los ingresos familiares para mejorar la calidad de vida. En gran medida, el acceso de la mujer al trabajo remunerado, vino de la mano de un mayor consumo intra-doméstico. No obstante, mujeres con conciencia clara de la necesidad de su presencia en la sociedad al igual que los varones, eligieron trabajar fuera de casa porque sabían que era un paso importante para visibilizarse. Otras, optaron por permanecer en el hogar al cuidado de las tareas que habían incorporado como propias porque consideraron que la doble jornada no les convenía. Unas y otras con sus razones, provocaron cambios importantes en el comportamiento doméstico. Hubo hombres que apoyaron a sus mujeres en el reto del trabajo fuera

del hogar; colaboraban, en consecuencia, de una forma responsable con el compromiso adquirido de apoyo mutuo en el matrimonio. En pareja, disponían de un tiempo de ocio con el que paliar las exigencias de los horarios laborales.

A otros, tal fue el caso de algunas de las nuevas parejas que se formaron en Villava, les costó aceptar el deseo de sus mujeres de seguir trabajando cuando estuvieran casadas; se trataba de novias que estaban empleadas, que poseían un trabajo satisfactorio, para el que se sentían preparadas y que les proporcionaba cierta libertad económica. En estos casos, el hombre acusaba un sentimiento de inferioridad respecto a sus congéneres cuyas esposas permanecían al cuidado del hogar; la inseguridad generada por un modelo de familia para el que no estaba educado, se convirtió en ocasiones en fuente de disputas en la pareja. Paradójicamente, hombres luchadores por los derechos sociales y laborales, con ideas políticas avanzadas en ese tiempo, eran reacios a los cambios que se producían en sus propias casas. Les costó aceptar la salida de sus parejas al

trabajo externo y la asunción de un papel colaborador que rompía con la costumbre asumida: mujer en casa, hombre fuera.

Fuimos numerosas las mujeres que aceptamos la doble jornada con el costo añadido de mayor esfuerzo, frente al papel asignado. La presencia social de todas las mujeres rompedoras de moldes, ha fructificado lenta pero progresivamente en el cambio de mentalidad acerca de los roles tradicionales.

La transformación del modelo de familia, también tuvo su repercusión en el descenso de la natalidad, unido a cambios en actitudes morales y religiosas que estaban en la base del nacional-catolicismo y a la influencia del modo de vida de países europeos que penetraban en este país vía inmigrantes o a través de los viajes que fueron y siguen siendo una alternativa cultural imprescindible.

3.3. Concilio Vaticano II

En cuanto a la posición de la **Iglesia católica**, el Papa Pío XII, había muerto en el año 1958 y le sucedió en el trono de



San Pedro, Juan XXIII, que, a pesar de su avanzada edad, no dudó en convocar el Concilio Vaticano II, que presidió en su primera sesión en el año 1962, falleciendo al año siguiente. Continuó con las sesiones conciliares el sucesor, Pablo VI, finalizando todo el proceso en el año 1965. La influencia en la reforma de la Iglesia respecto a los asuntos de la sociedad civil, se fue notando en este país, sobre todo, a finales de los años 60 y en los comienzos de la siguiente década. Uno de los objetivos que diseñó el papado para las reuniones conciliares, fue: *“adaptar la disciplina eclesiástica a las necesidades y métodos de nuestro tiempo”*.

Esta iniciativa revolucionaria de un Papa considerado en el mundo como “hombre bueno”, parece que la tomó sin consulta previa, dando de esta manera por terminados los intentos reformistas anteriores que acabaron en simples comisiones consultivas.

El concilio transformó la práctica de la liturgia en latín, permitiendo que los millones de católicos que poblaban el mundo pudieran entender y participar en los ritos de la iglesia, en su propio idioma. En Villava, experimentamos un gran alivio. ¡Por fin entendíamos lo que decíamos!

Aumentaron los grupos cristianos que se formaron al amparo de las doctrinas emanadas de las reuniones conciliares y con ellos las movilizaciones sociales, al comienzo de altruismo y servicio, para dar paso a un compromiso social y de análisis político. Abundaron en esos años las Comunidades cristianas de base, de fuerte carácter popular, como una manera diferente de ser iglesia. Algunos sectores del clero se plantearon el diálogo con la filosofía marxista, que alumbró la idea de un humanismo cris-

tiano comprometido con las clases desfavorecidas, implicado en las reivindicaciones sociales, laborales y feministas. Esta nueva corriente dio lugar al fenómeno de los “*curas obreros*”.

En nuestro pueblo, construimos una Comunidad cristiana con estas premisas, al frente de la cual estaba un cura obrero, Miguel Portillo, trabajador de Onena y perteneciente a la Parroquia San Blas, de Burlada. Entendíamos el mensaje evangélico desde el compromiso con las clases desfavorecidas. Tuvimos que pelear para abrirnos camino en una sociedad excesivamente conservadora y sucumbimos. Finalmente, perdida la esperanza, algunos perdimos una parte de la fe; otra parte, la que consideramos imprescindible, siguió en pie.

Los Centros de Cultura Popular, antes descritos, se desvincularon de la Acción Católica y siguieron su propia dinámica dentro del compromiso con la “*educación liberadora*”, liberadora de apriorismos, prejuicios y complejos adquiridos inconscientemente en etapas anteriores.

3.4. Cambios políticos y sociales

Unido a todo lo anterior que muestra un espacio socio-religioso diferente, con menor influencia de la iglesia en las actividades y formas de vida de la sociedad, los años 70 fueron los de la agonía de la dictadura de Franco, por razones de su edad. Con su muerte en el año 1975, se abrió un período de legalización de partidos políticos, antes en la clandestinidad obligada y se convocaron las primeras elecciones generales en el país.

La aprobación de la Constitución española, los cambios progresivos que experimentó el país, la lenta evolución de la democracia, los debates políticos acerca de la reforma o ruptura con el régimen anterior, quedan fuera de este relato.

La fuerte presencia industrial en esta década, llevó al pleno empleo y a recibir inmigrantes. Se admitió, en consecuencia, la incorporación de las mujeres a un trabajo remunerado extradoméstico. No obstante, la autorización marital para el ejercicio de nuestros derechos económicos y laborales, se mantuvo hasta el año

76. En definitiva, las mujeres que entramos en el mercado laboral en los años 60 y 70 fuimos las que comenzamos el cambio más fuerte que se dio en España a nivel económico y social, superando los más de 20 años de retraso respecto a nuestras colegas europeas y, además, sin sus recursos sociales. Sumado a la doble jornada, nos enfrentamos a la devaluación de unas profesiones “feminizadas”, a la culpabilidad derivada de la elección consciente de una vida propia no ligada a la maternidad o al cuidado de los hijos (deber supremo en el que nos educaron) y, sobre todo, a la competencia con el varón en su mundo laboral en el que poseía una clara supremacía debido a su dedicación en exclusiva. Ninguna mujer, en esos años, tuvimos ventajas para conseguir mejores puestos de trabajo, incluso en el mundo universitario.

En la Administración del Estado, sufrimos la supeditación a los varones a los que se les adjudicaba responsabilidades administrativas remuneradas adicionalmente, mientras a las mujeres no se nos tenía en cuenta. En aquellos años, nos quejábamos de esta discriminación

sin que se llegara a entender el agravio comparativo que suponía. Si nosotras trabajábamos, era por gusto; en cambio los hombres lo hacían por necesidad. Desde este análisis tan simplista, no es extraño que la desventaja permaneciera durante más de una década.

El 20 de agosto de 1970 se dictó un decreto que regulaba la dote por matrimonio. Consistía esta dote en una indemnización de una mensualidad por año de trabajo con un límite de seis meses, que recibían las mujeres que deseaban cesar en su actividad laboral por cuenta ajena, al casarse. Este derecho venía reconocido anteriormente en numerosas disposiciones de carácter sectorial, por ejemplo: en la Ordenanza de la industria siderometalúrgica. Posteriormente, la Ley de Relaciones Laborales sentó el principio de que los derechos y obligaciones laborales afectaban igual a los hombres que a las mujeres, por lo que al suponer la dote una discriminación entre ambos, quedaría anulada. No obstante, una Disposición Transitoria de dicha Ley la mantuvo para aquellas mujeres

que tuvieran un contrato de trabajo y en tanto el mismo no se extinguiera.

Las mujeres organizadas socialmente, vivimos tiempos de debate entre dedicar nuestro tiempo y esfuerzo a la lucha exclusiva por los derechos de las mujeres, o ampliar esa tarea al apoyo del movimiento sindical y político. Los partidos políticos estaban reorganizándose en preparación para la democracia que se avecinaba inevitablemente por el empeoramiento de la salud de Franco. En los foros de debate con mayor presencia de mujeres, como en el caso de los Centros de Cultura Popular, que se hicieron fuertes en ese tiempo, se trataba con frecuencia la petición de organizaciones concretas que deseaban acudir a los grupos a explicar su ideario político con el objetivo de informar a las mujeres presentes en los mismos, de sus objetivos y método de acción. De las tensiones surgidas a través de estos debates, vio la luz la propuesta mayoritaria de dejar al margen las opciones políticas individuales y permanecer en los objetivos de formación integral para que cada persona decidiera por ella misma

qué alternativa política era la más ajustada a su pensamiento o ideal de vida. No fue fácil, muchas mujeres estábamos comprometidas con movimientos sociales en los barrios, en las fábricas y en los centros de formación universitarios, donde compartíamos tiempos de discusión y análisis con otras congéneres ya organizadas políticamente y con los hombres, que seguían siendo mayoría en estos espacios.

En las fábricas de Villava, jóvenes organizadas sindicalmente, pelearon por las reivindicaciones laborales entonces presentes y por el reconocimiento de la igualdad de derechos entre los dos géneros.

La eclosión del **Movimiento Feminista** en España fue en torno al año 75, "*Año Internacional de la Mujer*", con la organización de Jornadas de debate en torno a la mujer, en varios puntos de la geografía. Algunos grupos feministas estuvieron arropados por partidos políticos, otros se organizaron como plataformas legales para diversas reivindicaciones: amas de casa, mujeres juristas, mujeres separadas, mujeres empresa-



rias, mujeres independientes, mujeres universitarias, etc. que desplegaron gran actividad reivindicativa y movilizadora. Fue insistente su presencia en la calle, tuvieron audiencia en los medios de comunicación. Propusieron echar abajo las fronteras ficticias que separaban lo privado y lo público y acabar con los roles de género y la tradicional estructura familiar; extendieron las aspiraciones a la igualdad en educación, trabajo y representación social y política. De estos grupos surgió el convencimiento de que el feminismo debía ser un movimiento independiente de organizaciones políticas y críticos respecto a todas ellas, con un objetivo concreto e intransferible. Otros grupos, por el contrario, admitieron la doble militancia.

En consecuencia, la presencia y desarrollo del feminismo en la España de los años 70, estuvo vinculada al aumento de mano de obra femenina en el mundo del trabajo y a los movimientos sociales de lucha por la democracia. El Movimiento Feminista en esta década, entre otras reivindicaciones, proclamaba la importancia esencial de la independencia económica para lograr la autonomía personal y la presencia social de las mujeres. Virginia Wolf, conocida feminista y excelente escritora, sostiene en su discurso recogido en el libro “Una habitación propia”, que las mujeres debíamos aspirar a la independencia económica y a tener una habitación propia. Lo de la propia habitación depende del espacio doméstico donde conviva con otras personas, a pesar de que al menos simbólicamente, buscar y encontrar en casa un rincón propio en el que cultivar alguna afición personal, es factible y deseable.

3.5. La enseñanza

En el año 1970 se dictó la Ley General de Educación, que establecía la Educa-

ción General Básica (EGB) hasta los 14 años. Además, aumentaron los centros públicos de Enseñanza Media, tanto los de Bachillerato como los de Formación Profesional, éstos para dar respuesta a la demanda de especialistas en el creciente sector industrial. En la década anterior, apenas existían Centros de Formación Profesional. Entre estas ausencias, destacaba por su presencia el Centro de Salesianos, al que se unió en poco tiempo La Escuela de Potasas de Navarra, Virgen del Camino, y Centros en poblaciones como Lumbier, Estella, Alsasua.

De Villava acudieron a formarse profesionalmente algunos adolescentes hijos de familias muy cercanas a mis afectos; en concreto, al recientemente inaugurado en el poblado de Beriain, al amparo de la nueva empresa minera. Uno de ellos, a propósito de este relato me decía que, merced a la salida a un espacio común, muchos jóvenes procedentes de la comarca, tuvieron la oportunidad de socializarse. Compartían, en ambiente distendido, los alimentos que cada uno llevaba en su tartera. Para varios de ellos, supuso el descubrimiento del movimiento obre-

ro, a través de VOJ (Vanguardia Obrera Juvenil). La experiencia, además, fructificó en una formación profesional que les permitió trabajar en empresas con buena cualificación y a otros sirvió de estímulo para continuar estudios profesionales.

La diversificación de centros de enseñanza, favoreció una formación especializada, acorde con las nuevas demandas empresariales. Por otra parte, el idioma que había sido excluido y perseguido a partir de la implantación de la dictadura, el euskera, recuperó su lugar en la cultura a través de las nacientes ikastolas. En Villava, se asentó la Ikastola Paz de Ziganda. Un grupo de padres, alquilaron para la impartición de la enseñanza reglada, el convento de los Dominicos, carente de vocaciones y por lo tanto, con espacios vacíos.

3.6. La sexualidad: de lo privado a lo público

Las relaciones sexuales, en esta década, pasaron de un tema privado a una reivindicación pública. Los cambios en los modelos relacionales, rompieron en

estos años con los habidos en los 50. La modernización del sector industrial con la consiguiente mejora de las condiciones de vida doméstica, la salida de emigrantes españoles a países europeos más avanzados, propició, como ha quedado expuesto, un cambio en la mentalidad de las mujeres, que llevaron de la mano cambios en actitudes y conductas masculinas.

Los usos y costumbres se fueron modificando progresivamente. Las mujeres jóvenes, sobre todo de medios estudiantiles rompieron los viejos moldes y disfrutaron de una sexualidad más libre, aunque vigilada por la familia, con la influencia todavía presente de la Iglesia.

Las mujeres, fundamentalmente las organizadas, plantearon la separación sexualidad-procreación. Incluso, hubo un debate en el que participamos las vinculadas a los Centros de Cultura Popular sobre sexo con amor o sexo sin amor. Como ha quedado expuesto, la práctica sexual estaba vinculada al matrimonio; fuera de él, era considerado pecado. Además de ligar la sexualidad a lo feo, oscuro, pecaminoso, se estaba transmitiendo

la idea de que el sexo pertenecía a la indisolubilidad del matrimonio. Si las relaciones sexuales no eran satisfactorias, el amor o la gratificación afectiva de un matrimonio unido, se acababa. Permanecer toda una vida al lado de la persona a la que no querías y tampoco deseabas, una tortura. Se llegó al convencimiento, a través de este debate, de que no era necesario tener un vínculo amoroso con la pareja sexual; intentando poner en claro que el sexo no garantizaba el amor y que el enamoramiento no siempre favorecía una sexualidad sana. Con muchas dificultades por la presencia de los censores morales que no se cansaban de predicar las mismas consignas, comenzamos a hablar de sexualidad de forma abierta, evitando los tapujos que condujeran a interpretaciones erróneas. Fueron tiempos de cambios importantes, precursores, sin duda en mi opinión, de las conquistas que han posibilitado una vida diferente en este siglo XXI.

El acceso a los anticonceptivos, estaba limitado en ginecología al tratamiento de los desarreglos menstruales, prohibida su venta y difusión para la contracepción.

Algunas, por pertenecer a medios concedores de los entresijos necesarios para la adquisición de la píldora en el mercado negro, que ya existía en el país desde 1964, se hicieron con ella. Otras, amigas o compañeras de médicos, lo consiguieron por su mediación. La mayoría, utilizaban la llamada “marcha atrás” o coito interrumpido. Algunas podían acceder a los preservativos, tampoco estaba permitida su venta y hubo farmacias que se negaron a proporcionarlos aludiendo a razones morales, a pesar de tenerlos prescritos por ginecólogos.

A toda una generación se le condenó a vivir compases de abstinencia en la práctica de la sexualidad, incluso en pareja. O casadas y con relaciones abiertas a la concepción, o nada. El pecado, el miedo, condujeron a muchas mujeres a la vivencia de su sexualidad como un tormento y a las demandas de su marido, que no se llamaba pareja entonces, como una imposición a la que respondían en función del llamado “débito matrimonial”. Escuché posteriormente versiones particulares de estas inseguridades como causantes de anorgasmia.

El desconocimiento del propio cuerpo, la falta de una educación en la materia, arruinaron relaciones sexuales en pareja y dieron al traste con el amor inicial.

El método “anticonceptivo” más extendido entre la población en general, fue el coito interrumpido. Más adelante, en parejas informadas, se extendió el método Ogino, basado en el reconocimiento de la temperatura basal, que suponía la abstención de relaciones sexuales con penetración durante los días fértiles en la mujer. La ausencia de una educación sexual completa, no favoreció la exploración individual y en pareja de otras formas de vivir la sexualidad sin riesgo de embarazo.

En este contexto, los embarazos eran más frecuentes que los deseados por el fallo de métodos tan imprecisos. Algunas mujeres, ante un embarazo no deseado que amenazaba con depauperar en mayor medida la economía familiar y por otros motivos personales que desconozco, intentaban por su cuenta el aborto mediante métodos rudimentarios que, en más de una ocasión, pusieron en riesgo su vida. En otros casos, acudían a al-

gunas mujeres con cierta experiencia en la urgencia de que les ayudaran a abortar, sin las medidas sanitarias cautelares evitadoras de graves consecuencias. Las que pertenecían a otras clases sociales, económicamente mejor situadas e informadas sobre recursos externos, viajaron a países donde el aborto se practicaba, naturalmente en la más absoluta clandestinidad. Es fácil deducir que el sufrimiento vivido era enorme, tanto moral como físico, además en silencio, sin poder compartirlo con la familia y los amigos, sintiéndose doblemente culpables.

En el año 1978, afortunadamente, se modificó el Código Penal para dejar de considerar delito la venta o receta de anticonceptivos. Las mujeres, en primera línea, seguidas por sus parejas hombres, recibimos esta nueva Ley con alborozo y, en consecuencia, descendió la natalidad. La garantía de hijos deseados, fue mucho mayor y progresivamente la información y educación sexual se generalizó.

EAM (Emakumearen Askatasunaren Mugimendua). Fue un movimiento muy activo. Los temas del control y conoci-

miento del propio cuerpo, la libertad sexual, anticoncepción, educación sexual, aborto, les llevaron a presentarlos en la calle, a recorrer centros educativos y a abrir un consultorio que derivó en el Centro de Planificación “Andraize”. Contó con diferentes profesionales: Médicos, Psicólogos, Enfermeras, Asistentas Social, Educadoras, al principio como acción de voluntariado social; posteriormente, consiguieron transformarlo en institucional. Dado que era el único Centro de Planificación Familiar, de Villava acudíamos a la Txantrea, donde estaba ubicado, para que nos atendieran solas o en pareja.

La Ley de Divorcio de 1981, las leyes para la despenalización del aborto, de 1985, Ley de supuestos y la de 2010, Ley de plazos, dieron forma, con sus limitaciones, al modelo social actual. Era otra década, la democracia estaba más asentada, las libertades políticas se habían formalizado. Un país diferente, con

sus claros y sus oscuros, se abría paso en una Europa comunitaria.

3.7. Reflexión final

Comenzamos a visualizar una tenue luz al final del largo túnel de los años anteriores. Nos convertimos en madres y padres, formamos nuevas familias, asumimos nuevas responsabilidades. No obstante, no perdimos la alegría de vivir y la ilusión de cambiar el mundo. Vana ilusión cuando se trata de vencer tantos y tan potentes obstáculos.

El mundo interior y el exterior fueron cambiando porque nada es estático, afortunadamente. La apertura de mentes, la energía de la juventud, todavía presente y la serenidad del comienzo de la madurez de algunas y algunos de nosotros, junto con la modificación de la estructura socio-político-religiosa, colaboraron en la metamorfosis.

IV

EL CENTRO DE CULTURA POPULAR Y PROMOCIÓN DE LA MUJER, EN VILLAVA

4.1. Cronología

EN EL año 1973, contactaron conmigo mujeres que ya pertenecían a la organización de los Centros. Me convocaron a una reunión en el domicilio de una amiga, Inma, que era alumna del Centro de Cultura Popular de Burlada, para hablar sobre el proyecto de apertura de un nuevo Centro, en este caso en Villava, mi pueblo.

Aunque desligada por entonces de la Acción Católica, tuve en mi época juvenil alguna responsabilidad grupal y esa fue la razón por la que pensaron en mi colaboración. No recuerdo los entresijos de esa

reunión, pero está claro que asumí los objetivos de la Organización y su metodología. Al año siguiente, 1974, hicimos realidad su apertura.

Por entonces, Villava mantenía el aire y las costumbres de una población rural frente a la ciudad de la que se diferenciaba en el estilo de

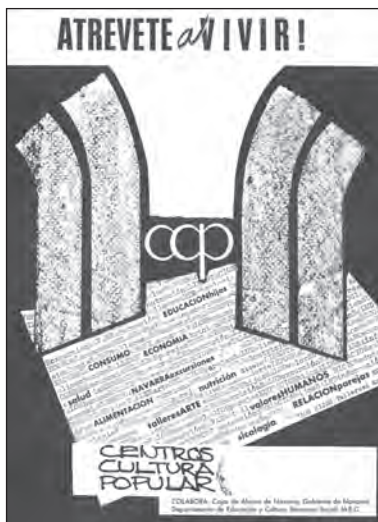
vida; permanecían los usos tradicionales que eran la base de la convivencia en la villa. La Parroquia seguía presidiendo la vida en el pueblo; las gentes que lo poblábamos, en general de clases populares, sencillas en la forma de vida. Escaseaba la formación específica, sobre todo en las mujeres, que mantenían una educa-



ción básica recibida en la Escuela. Las mujeres casadas que trabajábamos fuera del hogar, éramos la excepción. Incluso, el matrimonio para algunas, supuso el salvoconducto que les separaba de la fábrica, en la que el trabajo estaba remunerado de forma desigual respecto al hombre y no se sentían realizadas en absoluto como personas.

Con el respaldo legal y económico que ofrecía el cobro de la Dote por matrimonio añadido al condicionamiento personal, en Villava, una población industrializada, abundaron las mujeres que celebraron su cese en los trabajos por cuenta ajena. En consecuencia, aumentaron las mujeres casadas cuya ocupación fundamental era cuidar de la familia; ocupación importante, aunque socialmente poco valorada y, como es sabido, sin remuneración económica.

Mujeres y hombres con un fuerte compromiso social y político, iniciaron



transformaciones importantes en la vida local. La unidad de acción en lo concerniente a reivindicaciones sociales, sindicales y políticas, era frecuente. Vivíamos la ilusión de la conquista de las libertades y en ese tiempo, la unión era la fuerza. La base social necesaria para la organización de las mujeres en torno a un objetivo común, estaba garantizada

No éramos muchas las disconformes con el papel que la sociedad nos había asignado, la sinergia nos ayudó a conseguir los objetivos que nos proponíamos. Nuestros hombres, compañeros de vida y de luchas sociales, apoyaron el proyecto y se comprometieron a poner sus manos en la obra. De ahí que, buscáramos y finalmente encontramos un local o bajera en la parte recientemente construida que mira al monte, concretamente en la calle Agustín García, 4; hablamos con su propietario que accedió al alquiler y comenzamos las gestiones para la ayuda

económica necesaria con la que hacer frente a los gastos que se avecinaban.

En la línea de lo expuesto en páginas anteriores, acudimos a la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, que tenía oficina sucursal en la villa y pedimos audiencia con su director: D Miguel Javier Urmeneta. Nos recibió con su elegancia habitual, conocedor de la labor de los Centros que ya llevaban funcionando en Pamplona desde el año 1962 y del buen funcionamiento de los mismos, aprobó la ayuda para el alquiler del local. El gasto principal estaba asegurado, la voluntad de las mujeres y de los compañeros que nos apoyaban, hizo el resto. Lo acondicionamos entre todas y ellos colaboraron en la distribución de los espacios: una sala grande para las reuniones de grupo, otra más reducida para los niños y un servicio de w.c. y lavabo. Lo amueblamos con sillas sobrantes de nuestras casas, algún armario en desuso, juguetes que nos sobraban de nuestros propios hijos y donaciones puntuales de personas afines. Lo decoramos con afiches, paneles y demás materiales necesarios para el trabajo grupal.

He de realizar una importante aclaración: en todos los Centros, teniendo en cuenta que la mayoría de las alumnas y animadoras de grupo éramos mujeres jóvenes, disponíamos de una sala dedicada a nuestros niños, contigua a la que utilizábamos para los trabajos organizados. Las reuniones comenzaban a partir de que los pequeños salían de los colegios y una compañera, voluntariamente, se quedaba con ellos durante las dos horas aproximadamente que duraba la reunión del grupo. De esta manera, durante dos tardes a la semana, el primer año y cuatro tardes, cuando se organizó el segundo curso, mientras las madres estábamos formándonos, nuestros hijos estaban jugando divertidos unos con otros y con nuestra maravillosa compañera que hacía todo lo posible por hacerlos felices en ese tiempo.

El material didáctico lo recibíamos en la sede de Secretaría, en el barrio de San Juan a donde acudíamos las responsables de los diferentes grupos para informar, formarnos y acordar acciones comunes. Debatíamos, discutíamos, nos divertíamos trabajando, algo

importante para continuar con el trabajo voluntario.

Personalmente, todo ese tiempo me transformó por dentro. Intuitivamente, estaba en desacuerdo con el mundo circundante que confería a los hombres, por serlo, una serie de favores, prerrogativas, que nada tenían que ver con lo que se consideraba propio de las mujeres. Inquieta, no encontraba de qué manera encauzar esa intranquilidad y me cuestionaba, cuestionando a veces, aunque tímidamente, las causas y consecuencias de esa injusticia vivida normalmente en el seno de las familias de mi entorno. Que contaran con mi colaboración para la apertura del Centro, significó, como he dicho, el comienzo de un proceso de búsqueda que, estoy convencida, fructificó en varias vertientes. Sentirnos escuchadas, particularmente atendidas en las aportaciones que íbamos haciendo a través de nuestras experiencias, significó alcanzar un primer peldaño en la autovaloración. El camino del propio conocimiento, con aciertos y errores, estaba diseñado y más allá, el cambio en la dirección elegida. De la

insignificancia a la significación, la apropiación de la propia biografía, dotándole de valor sin estridencias, laborando en grupo y transformando, a la par, el contexto social en el que nos movíamos. Ya se sabe que cuando un elemento del sistema cambia, el sistema total también se transforma.

Para muchas de nosotras, estos años fecundos nutrieron las bases de una sociedad que se iba transformando en lo económico; la igualdad de los géneros estaba sembrada, paulatinamente otros grupos y más allá otras generaciones, nutrirían estas siembras para germinar en los frutos de los que en el tiempo presente podemos disfrutar.

Esa misma experiencia de cambio, la compartimos las mujeres que comenzamos la andadura en Villava, organizadas rigurosamente, responsablemente. Las tareas organizativas, estaban distribuidas de acuerdo con la voluntad y buena disposición de las participantes. Había que lograr que mujeres de nuestro pueblo acudieran a los cursos, para lo que creamos un espacio donde se posibilitaba la creatividad individual a través de

tareas manuales, como pintura, repujado en estaño, flores de papel, cuadros tridimensionales, etc. que entonces, en medios populares, estaban de moda. Guardo, todavía, algunas de estas realizaciones recuerdo de los años en que descubrí que ser mujer era mucho más interesante de lo que suponía. Confieso que nunca he sido hábil para las manualidades, pero compartir ese tiempo fue muy agradable.

Entretanto, hablábamos de temas sociales. Por ejemplo: los precios en las tiendas del pueblo, comparándolos para una compra más inteligente. Estábamos organizadas en la tarea de distribuirnos por los comercios y observar precio y calidad de productos concretos. Leíamos la prensa diaria, destacando alguna noticia de interés cultural, social o político y la comentábamos en ese clima de cordialidad que conseguimos. En definitiva, con una metodología activa, intereses compartidos y vivencias personales, conseguimos abrirnos hacia un destino diferente como mujeres.

En distintas horas, cada tarde tratábamos un tema que el grupo había

decidido mediante la técnica “*tormenta de ideas*”. Como es sabido, la técnica consiste en que cada persona expresa el deseo de tratar un tema o varios concretos, que se va reflejando en un panel, pizarra, etc. A partir de ahí, todas las voces eran escuchadas; se procedía a la votación y priorizábamos los temas en función, lógicamente, de los votos. Los temas elegidos respondían a inquietudes personales, en las que muchas coincidíamos. Ningún tema se quedaba fuera de estudio.

Los Centros, como organización, contaban con un número elevado de expertos en diferentes materias. Acudían a Villava en función de su disponibilidad temporal y siempre los recibimos con ese calor afectivo con el que se nos ha descrito a las mujeres. El contenido de las materias versaba sobre: Educación de hijos, Relaciones de pareja, Sexualidad, Alimentación y Nutrición, Historia, Literatura, Mujer y Sociedad, Habilidades relacionales y otras cuyo contenido se ajustaba al tiempo en que vivíamos. La memoria, a partir de la que escribo, me conduce al recuerdo

amoroso de tantos hombres como conocimos en aquellos años, generosos, interesantes e interesados en nuestro proyecto. No quiero dejar constancia de ningún nombre por temor a exclusiones involuntarias de seres queridos, a los que sigo estando agradecida. De la misma manera, tuvimos la fortuna de conocer a otras mujeres comprometidas con el proyecto, procedentes de otros grupos o vinculadas a profesiones que se acercaron a nuestra realidad rural, nutriéndonos recíprocamente de dones y valores.

El cambio paulatino que se produjo en algunas convecinas, derivó en discusiones dentro de sus propias familias. Lo más doloroso fue comprobar que la prohibición de acudir al Centro por parte de la autoridad paterna o marital, nos privó de la compañía de mujeres sabias, aunque asustadas. Es probable, que la dinámica vital las haya conducido hacia otras fuentes de conocimiento o de información.

Como ha quedado dicho, participamos, las que así lo deseábamos, en otros grupos sociales: reuniones vecinales,

reivindicaciones sociales e, incluso, en la Comunidad cristiana de base que también fue objeto de enfrentamiento entre las autoridades y los que buscábamos una manera diferente de ser iglesia. Todo un proceso revolucionario que comenzó en la reeducación de la que nos sentimos orgullosas, aunque nos costó algún desprecio por parte de quienes se oponían a la libertad de pensamiento.

Convencidas de que habíamos elegido el camino más acorde con el respeto a la libertad individual, hicimos un recorrido por las historias particulares, sus realidades, para caminar con ritmos diferentes hacia un objetivo común. La educación como base para la construcción de una personalidad sana, en la que creímos, fue la amalgama que nos unió.

El advenimiento de la democracia, tan deseada, la llegada de las libertades políticas, sociales, permitió otro asociacionismo; no obstante, el Centro en Villava, marcó un antes y un después en la conciencia femenina y feminista de mujeres y de hombres.

Todo tiene su tiempo y el del Centro de Cultura Popular y Promoción de la Mujer, en Villava, terminó. Más bien, se transformó en la Asociación de Mujeres “Irati”, creada por las mujeres que despertaron a su papel en la sociedad y que siguió con dinámicas similares. En mi caso, colaboré con otros grupos impartiendo contenidos de temas en los que me sentía cómoda. Siempre creí que la presencia social de la mujer, tan importante y deseada, estaba vinculada en ese tiempo al trabajo extra-doméstico. No era justo que las mujeres tuviésemos que doblar la jornada laboral: casa y fuera, pero era un peaje que tendríamos que pagar para conseguir esa igualdad tan esperada. Es probable que mi deseo chocara frontalmente y así lo constaté, con los empleos femeninos entonces existentes: de escaso interés intrínseco y económico. Mal pagadas, ninguna realización personal era probable que consiguieran las mujeres que se veían en la necesidad de trabajar por cuestiones económicas. En los Centros respetamos siempre las opciones personales en cuanto al trabajo se refiere.

Entre la opción personal y la obligación asumida, se encontraba el trabajo doméstico.

Mi tiempo de colaboración con los grupos de formación, análisis y reflexión, se extendió más allá de la creación de la Asociación “Colectivo de Cultura Popular Alaiz”.

4.2. La ayuda externa domiciliaria

Me tomo la libertad de escribir las siguientes líneas que deseo reflejen el apoyo que recibí en años en los que la ayuda externa era indispensable para muchas de nosotras, madres y trabajadoras por cuenta ajena. Hay que recordar que, en Villava, en aquellos años, no existían lo que entonces llamábamos “Guarderías” para niños. Si no disponíamos de personas de la familia que pudieran cuidarlos, madres, por ejemplo, era impensable por mucha intención de mantenimiento del puesto de trabajo que tuviéramos, dedicarle la jornada laboral obligatoria. Madres jóvenes, trabajadoras dentro y fuera del hogar. ¿Quién se quedaba al cuidado de nuestros hijos?

A propósito de mi decisión personal de trabajar una vez casada, viene bien presentar a Petra, cuya descripción tiene que esperar algunas líneas. Antes, voy a intentar contextualizar nuestro encuentro.

Los Planes de Desarrollo sobre los que he escrito a lo largo de este relato, fueron los inductores de que en nuestro pueblo aumentara la población con personas llegadas de Extremadura y de Andalucía, sobre todo de Jaén. Vinieron con sus pesares por abandonar su tierra, familia, amigos y con la esperanza de abrirse un futuro poblado de empleo, bienes de consumo, hijos escolarizados. Llegaron como llegan los emigrantes, con las ilusiones prendidas a su imaginación y la confianza depositada en los que, tímidamente, les precedieron allanándoles el camino.

El cinturón de Pamplona se ensanchaba, crecían los barrios donde se asentaba una nueva clase obrera que durante el día construía las casas en las que dormirían personas ajenas, con la esperanza de reunir el dinero necesario para satisfacer la ilusión de la casa pro-

pia. Trabajadores forjados en la dureza del campo jienense, nutrieron las filas de empleados en ese sector que materializaba el sueño de la vida próspera, de la vivienda familiar donde criar a la prole sin la angustia del empleo precario e incierto del que procedían.

Tuve la oportunidad de conocer y tratar a gente extraordinaria, sana de mente, colaboradora, amable y correcta en el trato, sencilla en sus hábitos, austera en el comer. Me siento afortunada por ampliar mis referentes personales incluyendo personas que no tuve la oportunidad de tratar con anterioridad.

Sin embargo, probablemente por obra de la inseguridad en la que crecemos desde la ignorancia, hubo colectivos vecinales que juzgaron equivocadamente la voluntariedad y buena disposición de los que llegaban. Afortunadamente, el paso del tiempo, el asentamiento definitivo en barrios y poblaciones cercanas a la capital, fomentaron las buenas relaciones de vecindad. El sector del automóvil que dio y sigue dando trabajo a muchas familias en Navarra, también se nutrió de estos trabajadores. En con-

secuencia, en un tiempo breve, los hijos de estos pioneros vivían y se sentían tan navarros como los que habitamos la tierra con anterioridad, asimilaron la cultura y tradiciones propias de sus lugares de residencia, hicieron amigos, se emparejaron sin problemas y convivimos sin ninguna dificultad. Las dudas, inseguridades iniciales, los estereotipos sociales a los que somos tan aficionados, perdieron validez, apuntalando la idea de que conocer, tratar, convivir con otras culturas, abre la mente al conocimiento enriquecedor.

Dimos la bienvenida a nuestra casa a Petra, procedente de Baeza, llegada a Villava junto con su marido, Ginés, sin hijos. Jóvenes ambos, él trabajaba duramente en la construcción, como tantos otros, ella había trabajado en algunas casas como empleada de hogar, sin éxito o, al menos, no con la satisfacción del sueldo que acompañaba al empleo. Tuvimos la suerte de coincidir con ellos en ese tiempo y por veinticinco años más hasta que, jubilados, regresaron a su tierra donde habían adquirido una casita que visitamos con la frecuencia

que nuestras ocupaciones nos permiten y recibimos en nuestros hogares a esa querida pareja mientras la vida nos dé la oportunidad de continuar cultivando su amistad.

La inestimable ayuda de esta mujer, me conduce a rendirle, a través de estas líneas un pequeño pero amoroso homenaje. Llegaron ellas, como siguen llegando otras, a desempeñar trabajos domésticos de cuidado y atención de niños o de asistencia a ancianos, sin estudios, la mayoría analfabetas o con ese analfabetismo funcional que asegura dependencia de “los que saben”. Fueron y siguen siendo, imprescindibles. Para mí, lo fue Petra; ella posibilitó que pudiera simultanear trabajo-casa-estudio, porque en ese tiempo en que llegó a nuestra familia, se fueron produciendo los cambios aludidos a lo largo de este relato.

Si deseamos para nosotras un trato correcto, un salario digno, para ellas, lógicamente, así debe ser. En una ocasión, ya en democracia, en que viajé a un Congreso en Madrid, una de las participantes declaró que la relación de ayuda doméstica, remunerada, tendría

que asemejarse a la de secretaria. Es decir, en sueldo, horarios, descansos, trato personal etc. Eran y siguen siendo las portadoras de secretos domésticos, las mujeres de confianza, las aliadas de nuestras reivindicaciones femeninas.

Intentamos que fuera así con Petra y ella, ellos, nos devolvieron y nos devuelven, su cariño, amistad y celebran con nosotros los acontecimientos importantes de la vida.

Fueron vecinos de Villava durante varios años, posteriormente de Burlada y, finalmente, cumplieron su sueño de regresar a su tierra, una vez jubilados.

La profesora Titular de Historia Moderna de la UNED, D^a Marina Alfonso Mola, al comienzo de un extenso relato que acompaña al catálogo de una exposición fotográfica celebrada en Baeza a propósito del regreso de varias familias locales y en el que describe la idiosincrasia de la población emigrante, dice textualmente lo siguiente: “Nací al año siguiente de suprimirse las cartillas de racionamiento y el mismo en que se dio luz verde al *Plan Jaén* y se estrenó *Bien-*

venido Mr. Marshall. Desde las instancias oficiales se habían dado por finalizados los años del hambre, el estraperlo y las numerosas secuelas de la dilatada postguerra, lo cual no era óbice para que uno de los personajes de los tebeos de la época *Carpanta*, continuara soñando con comerse un pollo o, al menos, un muslito. Esos pollos que se criaban con dedicación en los corrales para que luego se los comieran otros”.

La misma autora, en relación con la recepción de inmigrantes procedentes de otras tierras: “Hay que desarrollar estrategias de solidaridad y de comprensión que permitan la integración del inmigrante entre nosotros, que le permitan pasar de ser otro a convertirse en uno de nosotros”. He aquí el reto que tenemos los ciudadanos de este país.

4.3. Reflexión final

Este apartado, con sus epígrafes, quizás sea el más personal, intimista.

He querido agradecer a dos agentes externos favorables de cambios importantes para mí y para las mujeres en ge-

neral: las Asociaciones de Mujeres y la ayuda externa doméstica.

En cuanto a las Asociaciones de Mujeres que proliferaron en nuestra tierra a partir de los años 90, he dejado constancia de la que más influyó en mi proceso de transformación a través de la década de los 70.

Respecto a la ayuda externa, creo que tendremos que avanzar en la consecución de la dignidad laboral de las mujeres, porque son mayoritariamente ellas las que trabajan en nuestras casas.

Ha quedado descrito el agradecimiento a quien contribuyó a la realización de mis objetivos profesionales.

V

TIEMPOS PRESENTES

L O DIGO en plural porque hay un tiempo cronológico, inmutable, a través del cual vamos tramando tiempos de vida al ritmo de los compases que nos marcan la economía, el mundo social, cultural y político circundante. La esperanza, ilusiones y frustraciones de cada cual, animan esos ritmos, sin los que las vidas serían bastante más aburridas.

Fuimos niños, luego jóvenes, superamos obstáculos, salimos de ellos mejor o peor parados y ahora, muchos de nosotros somos abuelos y abuelas. Intentamos que la mirada al pasado lejos de enturbiarnos el entendimiento, colabore en la construcción de un mundo donde las libertades sean respetadas, las diferencias motivo de enriquecimiento social. Un tiempo presente en que las historias vividas por el pueblo llano, sedimenten las experiencias para que

aprendamos de ellas, blindándonos por los errores cometidos, de repetirlos de forma acrítica.

Está claro que las generaciones actuales viven una libertad en muchos sentidos que nada tiene que ver con las experiencias relatadas. La secuencia temporal unida a los avances en el mundo globalizado, ha dado lugar a la unificación de usos y costumbres de tal forma que la moda tanto en ropa como en música, alimentación, ocio, etc. no difiere significativamente en unos u otros lugares o espacios geográficos, sobre todo en lo que llamamos Occidente. Creo que esta unificación aporta soltura a la juventud que se ve obligada a buscar trabajo en otros países. Y no solo a la juventud, también a las personas que desean salir de su entorno habitual para viajar, conocer, explorar otras tierras.



El emigrante español de los años sesenta o setenta nada tiene que ver con estos jóvenes actuales. De los que partían con un mar de dudas, temores propios del desconocimiento de lo más elemental de otros países, aunque fuesen fronterizos, unido a las dificultades idiomáticas, la escasez de recursos y habilidades de comunicación, a los jóvenes de

este siglo, existe un abismo que la educación en todas sus formas y valores, lo ha salvado sin grandes problemas.

Los que llegamos a ser padres y madres, deseamos firmemente que nuestras hijas e hijos tuvieran las oportunidades de formación de las que carecimos. Los nuevos tiempos políticos, la democracia, la inclusión en una Europa

comunitaria con derechos inalienables, han dado como resultado una amplia formación universitaria. A pesar de que las oportunidades de empleo no armonizan con la formación universitaria de nuestros jóvenes, no en todos los casos, creo que tener la oportunidad de esa formación, completarla en sus aulas, compartir proyectos, ayuda significativamente a la expansión del conocimiento y colabora con la humanización de la persona. Humanizarnos, tarea asignada a cada individuo y a la colectividad.

Como sociedad, tenemos delante de nosotras y nosotros, retos importantes, basados en el respeto y la solidaridad. Respeto a lo y los diferentes, solidarios con los desfavorecidos, en tiempos de crisis económica y sanitaria que nos circunda.

Como mujeres, pasamos de la crianza y educación de los hijos, de su tardía emancipación, a cuidar de nuestros padres y madres, longevos y delicados de salud, por lo tanto. Más tarde, o simultáneamente, a cuidar de los nietos para que sus padres pudieran trabajar. Las escuelas infantiles, desde 0 años en ade-

lante, han paliado la necesidad de atención infantil. No obstante, cuando los infantes enferman de cualquier enfermedad, como un catarro común, se necesita cuidado externo en el propio domicilio para no dejarlos desamparados. ¿Quiénes realizan esa tarea? Esencialmente, las abuelas. Sin embargo, y lo digo con mucha satisfacción, no es extraño verlos a ellos, los abuelos, pasear con sus nietos, empujando silletas o cochecitos de niños, esperándoles en la puerta de los colegios. Imágenes que no existían en los tiempos en que les hubiera correspondido pasear a sus hijos.

El movimiento asociativo femenino, abundante en los años 90, fructificó en el hermanamiento del hecho de ser mujer. La identificación de una colectividad con señas comunes y la singularidad propia de cada personalidad, significó y seguimos en ello, el conocimiento del amor en toda su extensión, comenzando por el amor hacia una misma, el disfrute de una sexualidad libre de prejuicios con independencia de la edad. Afirmino, cada vez con mayor rotundidad, que los tiempos pasados no fueron mejores. No

siento nostalgia por la juventud, aquella juventud. Creo oportuno disfrutar de la edad madura o de la vejez, como es el caso.

Los espacios sociales de la gran mayoría de los municipios de nuestra Comunidad, han transformado sus estructuras. Villava no es una excepción. En un escenario limitado por su extensión geográfica, ha crecido en habitantes,

más de 10.000 en estos últimos años, multiplicado servicios. Mantiene la gran empresa y varios empleos autónomos.

Desapareció la emblemática ONENA; el suelo donde se asentaba, lo ocupan diferentes viviendas de pisos. Sin embargo, permanece en mi recuerdo como el lugar donde trabajaron mis abuelos, padres, tíos y, en esa calle que llevaba el nombre del general golpista por exce-



lencia, en el número 5 concretamente, viví unos años felices de mi niñez. Un paseo fluvial que parte de La Trinidad, hasta el Molino de San Andrés, bordea el polideportivo municipal cuyas instalaciones contribuyen al esparcimiento de los vecinos. Otras viviendas, construidas para albergar una sola familia, chalecitos más o menos independientes, alegran la vista con sus jardines, árboles y

flores que se asoman por encima de las verjas que las cierran.

En este tiempo, Villava se asemeja a otras poblaciones circundantes, posee múltiples recursos. No es un pueblo-dormitorio como podría pensarse por el crecimiento poblacional de los últimos años. Mantiene un estilo propio, conserva señas de identidad que lo definen como un territorio cohesionado. La



vida asociativa es intensa. El alma de la villa, se siente.

La Cultura, así con mayúsculas, tiene espacio propio, la Casa de Cultura, desde donde se difunde una programación que atrae a todos los públicos. Las paredes de su edificio, albergan actividades plurales organizadas por el Ayuntamiento y por los propios vecinos y vecinas en grupos o individualmente. Los libros, tan importantes para el enriquecimiento intelectual, ocupan un lugar destacado.

Las fiestas nos convocan cada año a los que, por diferentes circunstancias, nos trasladamos a otros lugares. El pri-

mer día de fiestas, a pesar del frío que se siente en el mes de octubre, los que vivimos tantas emociones en tiempos pasados, volvemos a emocionarnos saludando a aquéllos que compartieron con nosotros ilusiones y proyectos. El calor humano suple ampliamente la temperatura del otoño.

Carezco de toda autoridad para hacerlo, sin embargo, no puedo concluir este relato sin invitar a los lectores, villaveses o foráneos, a seguir mirando al mundo desde nuestros espacios vitales. Solo necesitamos curiosidad y la libertad para poner el foco donde más nos interese.

AQUELLOS AÑOS DE NUESTRA JUVENTUD

(Una mirada al mundo
desde Villava en los años
50, 60 y 70 del siglo XX)

CARMEN IZAL GARCÉS,
Psicóloga clínica

Hija y nieta de villaveses, perteneció a la vecindad de Villava-Atarrabia durante treinta años.

Colaboró con diferentes Asociaciones de ámbito cultural y social: Ateneo Navarro, Anfas, Colectivo de Cultura Popular Alaiz. Actualmente, participa en la Escuela de Ciudadanía de Villava.

Experta en relaciones interpersonales: pareja, familia y en todos los ámbitos de la vida social.

A lo largo de su vida profesional, impartió numerosos cursos y talleres en el tejido asociativo de toda la Comunidad y contribuyó a la formación de diferentes profesionales.

En su papel como conferenciante, recorrió la geografía más allá de Navarra.



GURE GAZTAROKO URTEAK

(Munduari begirada bat
Atarrabiatik, XX.
Mendeko 50, 60 eta
70eko hamarkadetan)

CARMEN IZAL GARCÉS,
psikologo klinikoa

Villava-Atarrabia auzokoa izan zen hogeita hamar urtez.

Kultura eta gizarte arloko hainbat elkarterekin kolaboratu zuen: Ateneo Navarro, Anfas, Alaiz Herri Kulturaren Kolektiboa. Gaur egun, Atarrabiako Herritartasun Eskolan parte hartzen du.

Pertsonen arteko harremanetan aditua: bikotekidea, familia eta gizarte-bizitzako esparru guztietan.

Bere bizitza profesionalean zehar, ikastaro eta tailer ugari eman zituen erkidego osoko elkarteetan, eta hainbat profesionalen prestakuntzan lagundu zuen.

Hizlari gisa, Nafarroatik haragoko geografian ibili zen.